

A young girl with long blonde hair and blue eyes is the central focus. Her face is overlaid with a complex, glowing blue wireframe pattern that resembles a neural network or a digital mesh. The background is a dark, starry space with numerous small, bright orange and yellow stars scattered throughout. In the top left corner, there is a logo consisting of a stylized blue wave above the letters 'SE' stacked vertically.

SE

LA PSIQUIS

Manuel Sanz Benito

SOCIEDAD DE DIVULGADORES ESPÍRITAS

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

LA PSIQUIS

POR

D. Manuel Sanz Benito

CATEDRÁTICO DE METAFÍSICA

DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE JORGE MONTERO,

Acera, 4 y 6 y Cascajares, 2.

1900



Edición preparada por SEDE, que contiene el texto de Manuel Sanz Benito, adaptado al uso ortográfico actual, según la RAE, para su mejor comprensión.



Abril, 2019.

ÍNDICE

Introducción.	7
Capítulo I. La Psiquis	11
Capítulo II. La Psiquis en su actividad originaria	15
Capítulo III. El Yo: su persistencia	21
Capítulo IV. La fuerza psíquica. Los actos materiales y los actos anímicos	25
Capítulo V. La fuerza psíquica y las fuerzas orgánicas	29
Capítulo VI. La psicofísica	33
Capítulo VII. La conciencia	37
Capítulo VIII. Caracteres del espíritu en sí mismo	41
Capítulo IX. Las facultades anímicas	45
Capítulo X. La razón	49
Capítulo XI. La inmortalidad del alma	53
Capítulo XII. La inteligencia en general y la inteligencia discursiva	59
Capítulo XIII. La sensación y la idea	63
Capítulo XIV. La energía y el hábito	67
Capítulo XV. El trabajo	73

Capítulo XVI. El Positivismo, como verdadero Idealismo	77
Capítulo XVII. El nuevo hipnotismo	83
Capítulo XVIII. La ley moral, como ley universal.	
El bien y el mal	87
Capítulo XIX. La Filosofía en su aplicación social	93
Capítulo XX. La fuerza de las ideas	99
Capítulo XXI. La Causa absoluta. Unidad substancial divina	103

LA PSIQUIS

INTRODUCCIÓN

Asombroso movimiento el de la inteligencia, siempre investigando un más allá, siempre fijando su mirada en un horizonte más vasto, más grandioso. La realidad le atrae y le encanta; pero, como la realidad es infinita, nunca se agota el contenido. Por eso la inteligencia descubre un más allá en cada verdad conocida.

Pretenden los sabios enlazar el átomo incoercible con la más poderosa masa, la fuerza invisible del pensamiento con la fuerza impalpable que mueve mundos y sistemas, el aliento de nuestra vida con la vida de los seres en creciente progresión. Unos, como Pictet, quieren hallar el *cero* de la temperatura, donde las combinaciones y reacciones de la materia cesan, para sorprender a la naturaleza en estados que jamás pudieron ser antes imaginados. Otros, como Roentgen, por medio de los rayos X, logran ver a través de los cuerpos opacos. Mientras los astrónomos dirigen sus anteojos con afán para ver de comprobar los canales del planeta Marte, descubiertos por Schiaparelli, los matemáticos llegan a dar, como Tomson, la fórmula de la magnitud que puede tener dicho átomo. Y en tanto que por la balanza se llega a pesar la milésima parte de un grano, por el espectroscopio se aprecia la ciento ochenta millonésima parte de un grano de sosa, y a tanto llega la precisión de la Matemática, que se mide la longitud de la onda luminosa, de 393 millonésima de milímetro para el color violeta y de 760 para el rojo, y se cuenta por trillones el número de vibraciones de estas ondas en un segundo de tiempo.

Ante estos y otros descubrimientos, debemos ser cautos en materia científica para no dar nunca como firme la última palabra de

nada, pues lo imposible, como decía Arago, debe borrarse del Diccionario, porque aquello mismo que juzgamos como imposible, llega a ser con el tiempo real y positivo, y la utopía de un siglo es la realidad del siguiente, como hace ver Víctor Hugo.

Por esto se llevó un mentís Augusto Comte cuando en 1842, hablando de los cuerpos celestes, afirmaba que nunca podríamos saber su composición química y su estructura mineralógica, pues algunos años después, en 1859, se descubrió en Heidelberg el análisis espectral que dejó mal paradas las afirmaciones del positivista francés. Descartes fue más prudente cuando exigía la *duda metódica* al comienzo de toda investigación científica: quien no duda, no piensa, y el que todo lo da por averiguado y sabido, está incapacitado para llevar su grano de arena a la obra común del saber. De aquí que no debemos admitir ninguna teoría como cerrada, ninguna idea como cristalizada en determinadas formas, que no sea susceptible de ulteriores adelantos.

Hegel con su doctrina del *devenir*, que aplica a la realidad toda, viene a confirmar esto mismo: que no hay ni puede haber ninguna idea inmutable. Todas ellas muestran la condensación del pensamiento en una dirección dada, la síntesis del estado intelectual sobre una materia científica, a la manera que un Código o una obra de arte decimos que son la expresión del espíritu de una época. Pero, a medida que el tiempo avanza y las ideas progresan, el molde dentro del cual éstas se contienen queda demasiado estrecho, y es preciso uno nuevo que dé forma y en el cual quepan los nuevos descubrimientos. Esto sucede en la esfera de la política con todos los partidos, cuyo programa llega a ser anacrónico después de cierto tiempo; sucede con los descubrimientos de la industria, que llegan a anularse por otros posteriores de mejores resultados; y esto acontece, en general, en el campo de la ciencia.

Hubo un tiempo en que el sistema del mundo de Ptolomeo formó la teogonía de la Edad Media hasta que Copérnico echó abajo aquel cielo. En la Medicina, el estudio en que se examinaba la composición de los órganos como resultado de la combinación de varios tejidos, ha cedido el paso al estudio de los elementos materiales partiendo de la investigación de la célula, merced a los trabajos del microscopio; y en la Cirugía, los procedimientos de la asepsia y antisepsia han introducido grandes adelantos en el antiguo arte de

curar. De igual manera, en Literatura, el poema del *Fausto*, de Goethe, hace saltar los moldes hasta entonces asignados a esta clase de obras; y por lo que hace a la Filosofía, varios filósofos han querido determinar los límites a que puede llegar la inteligencia humana en su investigación, señalando las leyes que rigen la actividad intelectual, desde las llamadas categorías del pensamiento por Aristóteles y Kant, hasta las barreras trazadas al mismo por Spencer en su teoría de lo incognoscible, o por Hartmann en lo que llama lo inconsciente, y una y otra vez estos diques se han roto y la inteligencia ha traspasado todos los obstáculos que se le han opuesto.

Pero, se dirá: ¿Es que lo que hoy es verdad, llega a ser error más tarde? ¿o todo es un error relativo, y el hombre va de conocimiento en conocimiento, proclamando ahora un principio, luego otro, sin poseer nunca la verdad de nada?

Si nosotros creyéramos que no es posible la verdad, caeríamos en el escepticismo más o menos exagerado, y no podríamos nunca profesar una Doctrina de afirmaciones; toda ella estaría compuesta de negaciones y dudas. Tampoco podemos admitir que la verdad, sobre cualquier materia, implique la absoluta y completa verdad, porque esto exigiría una inteligencia infinita que comprendiese todo, absolutamente todo, sin que nada escapase a su conocimiento.

Lo que hay es que, cualquier objeto de la realidad, en cuanto cognoscible, ya pertenezca a nuestro ser, ya se refiera al mundo exterior, limitado o infinito, encierra un contenido inagotable de investigación.

Esto indica que la obra del conocimiento es larga y laboriosa. Indica más: que hay que acomodar nuestra inteligencia a la realidad de lo conocido, subordinando lo subjetivo que dicen los filósofos, a lo objetivo; o sea, nuestras facultades, a la cosa conocida. Por eso lo objetivo se impone a lo subjetivo; por eso decimos que la necesidad obliga, que los hechos se imponen. En una palabra, que, a pesar de nuestra voluntad, la realidad impera sobre nosotros. En vano será forjar una teoría para explicar un hecho o una serie de hechos, si esta teoría es desmentida por la experiencia; un solo caso que la niegue y rectifique, acaba por invalidarla.

La actividad aplicada a la investigación científica descubre

La Psiquis

nuevos métodos y procedimientos, con ayuda de los cuales y de poderosos instrumentos, puede analizar y percibir, lo mismo lo llamado infinitamente grande, que lo infinitamente pequeño; determinar sus leyes y realizar provechosas aplicaciones en las ciencias y artes.

La Filosofía no podía permanecer estacionaria en este periodo de renovación científica: al antiguo método silogístico ha reemplazado la observación, escudriñando mejor el fondo de nuestra conciencia, donde hay abismos como en los mares y grandezas como en los cielos.

Entre los trabajos filosóficos de estos tiempos descuellan los que tienen por objeto establecer los caracteres, relaciones, analogías y contrastes entre el elemento físico, corporal, y nuestro ser anímico, que en sentido amplio se denomina *Psiquis*.

De ahí el título de esta obra.

CAPÍTULO PRIMERO

La Psiquis

El pueblo griego, con sus admirables facultades para idealizar y embellecer todas las cosas, dio el nombre de mariposa (*psique*) a lo que en lenguaje de todos los tiempos y pueblos significa nuestra alma o nuestro espíritu; la fuerza interna que en nosotros piensa, siente y quiere; el ser que concibe y discurre, que goza o sufre, se abate o se fortalece, que aspira y desea, odia y ama.

Ya adivinó ese pueblo, que si es posible y relativamente fácil, precisar el peso y magnitud de nuestro cuerpo, la dirección de sus movimientos y la fuerza y alcance de su actividad, no se puede precisar de igual manera el movimiento del pensamiento que, en su versatilidad, va de idea en idea, como la mariposa de flor en flor, pensando en un momento multitud de cosas diversas, sin apenas detenerse en ellas; o ya libando, como la misma mariposa, las bellezas que el alma encuentra en las ideas que acaricia nuestra fantasía y embargan nuestro corazón.

Los griegos también grabaron en el frontispicio del templo de Delfos la famosa inscripción: *noci seauton* (nosce te ipsum)¹, indicando así a la posteridad el camino del verdadero saber que debe comenzar por el examen y estudio de nuestro propio ser.

Desde entonces acá, el problema relativo a nuestra alma se ha ido complicando cada vez más por los nuevos datos que la observación ha ido aportando, y si bien falta todavía por despejar muchas incógnitas, otras en cambio se han ido eliminando o resolviendo. Ciertamente que nunca por completo se ha de agotar el tema, por muchos siglos que viva la humanidad, pero esto no es exclusivo de

¹ Nota de SEDE: Conócete a ti mismo.

esta cuestión, sucede igualmente con todas: todas son *teoremas* que contienen siempre *corolarios*.

Proponiéndonos dar a conocer solamente algunas de las verdades más importantes en lo que se refiere a ese principio y fuerza interior que impulsa y dirige nuestros actos, indicaremos los puntos principales de la manera más fácil que nos sea posible.

Hasta hace poco tiempo se siguió únicamente en el examen psicológico el método de observación interior llamado introspectivo para ver en nosotros mismos los actos y fenómenos anímicos, método que, en lo que abraza, es de capital importancia e insustituible por otro, porque indudablemente que la mejor manera de comprender un fenómeno o estado especial es mirarlo en uno mismo, pasando por dicho estado, para darnos así cuenta de cómo y por qué sucede.

Mas no es suficiente; hay estados en el alma humana que es imposible determinarlos y estudiarlos por el mismo ser en quien se dan, porque se realizan en momentos en que su conciencia no ha adquirido la fuerza de reflexión necesaria, o en que, perturbadas sus facultades, le es imposible analizarlos. Los actos psíquicos verificados en el estado de infancia o en periodos anormales de locura, delirio, arrebató, embriaguez y otros, es imposible que el mismo individuo que los ejecuta, introspectivamente los examine, pues dejaría entonces de existir en ese estado: ya no sería niño, ni estaría loco, ni ofuscado o ebrio.

De aquí ha nacido que se haya apelado al método de observación exterior haciéndose de algunos años a esta parte delicados trabajos referentes a estas cuestiones, y de la misma manera que los anatómicos con el escalpelo han mostrado las fibras y tejidos de nuestro cuerpo, renombrados psicólogos han puesto al descubierto algunos fenómenos anímicos en los que no había parado mientes la Psicología tradicional.

Cada uno de ellos, siguiendo sus aficiones, se ha impuesto tarea, y entre todos se han repartido el trabajo; quienes se han dedicado a hacer minuciosos estudios sobre la psicología infantil (*Egger, Sully y Mun, Kausmal, Taine, Preyer y B. Pérez*); quienes otros se han consagrado a hacer importantes observaciones sobre la psicología fisiológica y médica (*Lotze, Maudsley, Kraff y Lombroso, Wundt,*

Mata); algunos, estudiando las manifestaciones anímicas en individuos de diversas razas han dado origen a la Psicología etnográfica (*Waitz, Gerland, Gobineau, Royer*); otros, fijándose con predilección en el estudio de la voluntad, han creado la Etología o ciencia del carácter (*Stuart Mill, Hercen Bain*). Y no han parado aquí las investigaciones, sino que valiéndose de los descubrimientos que la ciencia prehistórica proporciona, nos han dado a conocer las manifestaciones de la energía anímica en el hombre prehistórico y salvaje (*Lubbock Tailor*), y con los trabajos y observaciones de unos y otros se ha empezado a formar la Psicología de los pueblos o Sociología (*Stheintal, Lazarus, Spencer*).

Por otra parte, se han hecho importantes y delicadas observaciones acerca de especiales condiciones o estados porque el hombre algunas veces pasa; por ejemplo, sobre las pasiones (*Letourneau y Descuret*), sobre el éxtasis (*N. Mayo*), enfermedades de la memoria (*Ribot*) y sobre el dolor (*Richet*); y mientras Lemoine y Darwin, han echado los cimientos de la Fisiognómica o expresión de las emociones, Joly y Paulhan han intentado descubrir un poco el *quid divinum* del genio, y Maury, Yoblot y Mourly han penetrado en lo profundo del sueño y nos han hecho ver la actividad del espíritu donde parecía que reposaban sus facultades.

Con todo esto, y los notables experimentos y estudios de psicofísica de los anteriores y otros psicólogos y el caudal de ideas que han aportado los que, siguiendo la investigación sagaz de Kant, han sondeado las profundidades del espíritu, se ha ido formando una literatura psicológica tan abundante y variada, que viene a dar un solemne mentís a los que creen que hablar del alma es cosa inútil. Lejos de eso, se ha confirmado una vez más el dicho del Evangelio «no solo de pan vive el hombre» y los ensayos, investigaciones, observaciones, experiencias y estudios de toda clase han evidenciado la realidad del alma, de la *Psiquis*.

CAPÍTULO II

La Psiquis en su actividad originaria

La vida del hombre es toda ella psicofísica: ni solamente espiritual, ni enteramente física, sino de mutua relación e influencia entre el espíritu y el cuerpo. De aquí que los actos que no son inconscientes, antes de ser realizados han sido precedidos de intenciones, de ideas, y éstas, si no han de quedar reducidas a un vago idealismo, a un puro soñar, necesitan encarnarse en la esfera de la realidad.

Para llegar a implantarse necesitan a veces combatir unas con otras hasta lograr el triunfo la más fuerte, que es la más verdadera, la que mejor resiste las pruebas en contrario. Estos combates, mientras no trascienden de la esfera del pensamiento, no son cruentos, no causan víctimas; no hay más víctima que el error, inmolado en aras de la verdad. Famosas han sido, por ejemplo, las luchas entre nominalistas y realistas en la Edad Media y entre clásicos y románticos en la moderna.

Combate no menos importante es el que riñen hoy el materialismo y el espiritualismo. Sostiene el primero como única realidad la que se palpa por los sentidos, y de ahí deriva su negación de todo lo que es trascendental y suprasensible, aunque no sea sobrenatural. Nada de principios permanentes y absolutos; todo es relativo y las cualidades de los seres son efecto de sus disposiciones orgánicas. El libre albedrío no existe, la responsabilidad es un absurdo, y el delito, resultado de una enfermedad, así como el heroísmo un acto de excitación del sistema nervioso; el genio un poco más de actividad cerebral debido a mayor abundancia de materia gris o mayor número de circunvoluciones; no hay espontaneidad en el obrar, y el hombre es tan solo una máquina en movimiento, siendo sus

actos puramente mecánicos.

Sostiene, por lo contrario, el espiritualismo, la existencia del alma como realidad que se palpa ante la conciencia, de igual modo que ante los sentidos se perciben los objetos materiales; y mientras el materialismo niega la existencia del *Yo* y de la personalidad humana idéntica en cada momento del tiempo, el espiritualismo racional hace de dicha identidad personal el primer principio de prueba para sus elucubraciones. Afirma además éste, no ya la existencia del alma, la Psiquis, como entidad no emanada de las fuerzas orgánicas, sino teniendo caracteres propios de espontaneidad y libertad en su modo de obrar, y como resultado de todo, la individualidad persistente fuera de la carne, la trascendencia de la vida del ser.

Aunque parezca una antinomia, quizás por aquello de que los extremos se tocan, el materialismo y el espiritualismo están próximos a confundirse en una síntesis superior que comprenda a entrambos.

Efectivamente, el materialismo no niega la fuerza de cualquier clase que sea, ni menos la fuerza psíquica, más potente que otras, solamente que explica su actividad como propiedad de la materia misma. El espiritualismo tampoco niega la materia, sólo que alguna vez, perdido en vagas idealidades, la ha despreciado como cosa indigna, y de su exageración ha nacido el sistema contrario; pues la inteligencia, como el péndulo cuando oscila, va de un extremo a otro, imposibilitado como está de abarcar de una vez todo el espacio que debe recorrer.

¿Se ha dicho qué es en sí la materia? ¿Se sabe qué es en sí misma la fuerza? ¿Es la una transformación de la otra, o son dos modos de manifestarse la sustancia o incógnita x que origina fuerza y materia?

¿Dónde comienza también la Psiquis? ¿Cuál es el primer esbozo de la vida, de la sensibilidad y de la inteligencia? Imposible decirlo en esta escala relacionada de seres que existen en el Universo.

Pues si no sabemos lo que es la materia, si ignoramos lo que es la fuerza, si no vemos dónde y cuándo aparece la Psiquis, ¿cómo nos atrevemos a afirmar que son cosas iguales ni que son cosas diferentes? ¿que la una es más o menos, anterior o superior a la otra? Por

diferentes que sean sus manifestaciones no estamos más autorizados para proclamar su distinción esencial, que para afirmar que la nube majestuosa que se cierne en las alturas se diferencia en su composición química del agua que brota de un manantial en la superficie de la tierra.

Pero sea cual fuere la solución del problema, podemos avanzar ya en el campo de la investigación, porque los descubrimientos en cierto orden de fenómenos nos permiten marchar con paso relativamente seguro.

Cuando hace algún tiempo se tomaron con afán los estudios biológicos, destruyendo rutinarios métodos, se pensó en observar todo lo más posible las manifestaciones de los seres vivos, comenzando por aquellos en que apenas se inicia el fenómeno de la vitalidad. Los organismos más inferiores fueron cuidadosamente inspeccionados, y como consecuencia de estos estudios se originó la llamada teoría celular: el sistema de que todo lo vivo es producto de una célula que procede en sus funciones por asimilación de los medios que a su alrededor encuentra y que diferenciándose gradualmente da origen a órganos y aparatos que componen la más sencilla como la más complicada textura de cualquier vegetal o animal. Entonces se creyó resuelto el problema del origen de los seres, pretendiéndose haber dado con la clave que nos explicaba éste y otros misteriosos fenómenos.

Pero las mismas observaciones han demostrado que, lejos de haber dado con el *quid*, la dificultad se presenta más formidable de lo que al principio se creía. Al querer explicar el alma de los seres por su organismo, considerando a aquella como el efecto o el resultado del funcionamiento de todos los órganos, principalmente de los que componen el sistema cerebro-espinal en los animales superiores, nos encontramos con que el ser es activo desde la manifestación más rudimentaria de la célula, y que obra *con energía y actividad propia* dentro de las condiciones del medio ambiente que le rodea, energía que se va acentuando más, a medida que el ser va siendo más perfecto en la escala de los seres.

La célula, pues, es un elemento, un algo esencialmente activo, con actividad propia; por consiguiente no depende esta actividad de las condiciones del medio ni tampoco de los componentes materiales

que la forman, sino que hay en ella algo que la constituye en centro asimilador de fuerzas, en elemento individual y distinto de los demás de la creación, en ser, si queremos.

Y si esto sucede con el ser más rudimentario ¿qué no ha de suceder con el hombre? ¿Cómo considerar la inteligencia y la voluntad, la energía que en él piensa, vive y obra, como síntesis, producto o funcionamiento de meras fuerzas orgánicas, cuando es siempre una energía que se dirige a un fin con iniciativa, con espontaneidad, y por consiguiente, con libertad?

Tenemos, pues, que se ha cumplido el aforismo *errando, errando, deponitur error*²; porque los mismos materialistas con sus observaciones nos han venido a mostrar la espontaneidad, la energía propia del ser que incrusta el sello de su individualidad, sin que sea una mera *tabula rasa*, apta sólo para recibir impresiones del medio que la rodea.

Haeckel dice que la vida, aún en la materia amorfa, comienza caracterizándose como un centro atractivo y asimilador de fuerzas; Delboeuf afirma que en el espíritu no se graban las impresiones como en blanda cera; Locke, que el alma no puede ser considerada como una resultante de algo, sino como una unidad, porque los diversos modos de su actividad propia no pueden ser repartidos entre sujetos diferentes, y Maudsley declara que el espíritu no es una hoja de papel blanco; de modo que todos están conformes en admitir la nativa espontaneidad de la Psiquis.

Si la sensación es, como decía Aristóteles, acto común de lo sentido con el senciente³, el sujeto pone de sí algo que no es debido a la simple excitación, no pudiendo medirse la una por la otra, y no habiendo por tanto tal equivalente mecánico.

No hay en todos los actos psicofísicos una mera contestación a la impresión recibida. Interviene la actividad psíquica para devolver *augmentada o disminuida* la impresión. De todo esto se deduce que los mismos observadores materialistas han venido a evidenciar la

² Nota de SEDE: A fuerza de equivocarse, se aprende a acertar.

³ Senciente: vocablo en desuso, participio derivado verbo sentir, que significa lo que siente, o tiene sensación.

espontaneidad, la energía propia de la Psiquis.

Si, pues, la función es superior al órgano, la Psiquis, más activa que las fuerzas orgánicas, no es una resultante de éstas. La inducción racional, por tanto, nos permite pensar que el *organismo* es medio o instrumento de que aquella se sirve para realizar sus actos, pero jamás el que los engendra y produce.

CAPÍTULO III

El Yo: su persistencia

Hay un hecho incontrovertible, indudable, para todo ser que puede darse cuenta de sí mismo: este hecho es el de la propia existencia. En vano será que cierre mis ojos y tape mis oídos para no ver ni oír nada: me verá interiormente a mí mismo, y me reconoceré como ser que soy, que vivo y que obro. Este reconocimiento de nuestro propio ser, de nuestra propia existencia, lo expresamos en la palabra *Yo*.

No entraremos, aunque tampoco es preciso, en un minucioso y largo análisis para desentrañar el verdadero sentido de esta palabra. Todos estamos conformes en que el *Yo* no significa ni mi cuerpo, ni mi alma, ni una propiedad o facultad determinada; sino que, al decir yo hablo, yo escribo, yo dudo, yo pienso, etc., doy a entender que estos actos los verifico *Yo* en mi unidad y totalidad, como hombre. No es efectivamente mi boca la que habla, pues si bien mediante ella, como mediante los demás órganos de la locución, yo produzco sonidos articulados, es preciso la intervención de mi actividad anímica que determina, que impulsa a los órganos a modular sonidos que, a su vez, expresan mi pensamiento; no son, de igual manera, mis pies los que me conducen, soy *Yo*, quien, mediante el impulso de mi voluntad y obrando por complicado sistema nervioso-muscular, obligo a mis miembros a que tomen diferentes posiciones en el espacio. Y así, de igual manera, en cuantos actos digo que yo los ejecuto, que yo los hago, doy a entender que me son imputables como siendo yo el ser que los produce, valiéndome para su realización de todas mis fuerzas interiores, así como de todos los elementos que, exteriores a mí, yo los pongo a mi disposición para que me sirvan de instrumentos o de medios de realizar mis voliciones.

Desde este punto de partida de la evidencia del propio *Yo* ha partido la moderna Filosofía para ascender en su investigación, desde esta primera y elemental verdad, hasta las más altas especulaciones del saber.

El escepticismo tiene aquí un valladar inexpugnable, pues no hay nadie que dude de su propia existencia. Podrá dudar de su espíritu como ser inmortal y distinto del cuerpo, podrá creer que éste es más bien una apariencia que una realidad, podrá pensar que el mundo exterior se nos ofrece como una mera ilusión; mas no pondrá en duda la existencia de su propio ser, pues al dudar, es el propio ser quien duda.

Reconocida la individualidad de nuestro ser en el sentido que expresa la palabra *Yo*, hemos de convenir sin gran esfuerzo en otro hecho no menos evidente, a saber: la persistencia de esta misma individualidad, de este mismo ser que somos; es decir, la continuidad de nuestro *Yo*, desde el momento en que empezamos a darnos cuenta de nuestros actos hasta el instante presente.

Efectivamente, yo puedo haber cambiado en muchas cosas: mi estatura no es hoy la misma que hace años, ni el mismo el peso y consistencia, agilidad, etc., de mi cuerpo. Reconozco también que se ha modificado la actividad de ciertas funciones de mi organismo: mi vista no es tan perspicua como en algún tiempo, mis fuerzas no son las mismas. En otro sentido, encuentro también que ha habido muchos cambios en lo que llamo mi espíritu; que he mudado de ideas, de inclinaciones, de gustos.

Cada uno, a poco que medite, encontrará en sí mismo estas mudanzas, estos cambios; pero no es menos cierto que en su fuero interno se considera obligado a admitir, que el mismo ser, el mismo individuo que ha experimentado tan notables mudanzas y tan diversas modificaciones, hasta el punto de pensar, sentir y querer de otro modo que como pensaba, sentía y deseaba hace algunos años, es hoy el mismo individuo, el mismo ser: no ha habido en él dos seres distintos ni transformación de un ser en otro con el transcurso del tiempo; él se reconoce el mismo en medio de esta diversidad; igual, en medio de esta multiplicidad; uno, en medio de estas modificaciones; invariable, en medio de esta serie de mudanzas; la misma permanencia de su ser, de su individualidad; en una palabra, la persistencia de su *Yo*.

Sí; nuestra conciencia, nuestro buen sentido nos da testimonio, a poco que meditemos, de estas cosas: yo soy, y soy el mismo ser desde que me reconozco; si ha habido grandes transformaciones en mí, no obsta para que me reconozca como el mismo individuo, como la misma personalidad.

No hay materialista que al perseguir a uno que le haya ofendido, no sea ilógico con sus teorías. Aparte de que la ofensa no es tal, pues que el individuo no obra, según él, impulsado por su libre albedrío, sino obligado por las fuerzas naturales que le arrastraron a cometer el desmán, con la misma fatalidad que la gravedad obliga a caer a la piedra lanzada al aire, hay una inconsecuencia al perseguir al individuo de hoy como si persistiera mañana. El materialismo, que admite que todo es cambio, todo movimiento, todo sucesión y nada tiene permanencia, se encuentra en continua contradicción con sus teorías. Bueno que considere al espíritu como una propiedad de su cuerpo, pero negar la identidad del *Yo*, la continuidad de su misma personalidad, es tan absurdo que sólo guiado por el espíritu de sistema se puede concebir.

Reconozcamos, pues, que tan cierto como yo soy, como yo existo o vivo, es cierto que yo soy idéntico a mí mismo, que soy el mismo ser, que persiste en mí la propia individualidad a través de los cambios y mudanzas que haya experimentado.

CAPÍTULO IV

La fuerza psíquica.

Los actos materiales y los actos anímicos

Todo hecho, todo fenómeno que observamos en cualquier orden de cosas, no se verifica sin que algo lo determine y produzca. A este algo lo llamamos su causa, que es siempre de conformidad con la naturaleza del efecto producido. Si una piedra cae después de haberla arrojado al aire, no es por efecto de espontaneidad o de cierta tendencia de la piedra a caer: es a causa de lo que llamamos fuerza de gravedad. De manera que si suprimimos esta fuerza, suprimimos su efecto correspondiente; y por analogía, en todos los fenómenos del mundo, haciendo abstracción de las fuerzas que producen esos hechos, tendremos que reconocer la no existencia de tales efectos.

De igual suerte, si en nuestro ser se dan actos intelectuales ¿habremos de negar que hay en nosotros fuerzas o causas que producen la intelectualidad? Tanto valdría decir que los efectos se producen sin causas. Pero estas causas ¿se originan de las propiedades mismas del organismo corporal? Nada nos importa por ahora: lo que precisa es reconocer que por los efectos hemos de venir a parar al conocimiento de sus causas, que los fenómenos atestiguan la existencia de fuerzas o actividades que los producen, y que, en conformidad con la naturaleza y condiciones de estos efectos, han de ser las fuerzas que los originan.

Para asegurar que tales o cuales actos son propios del espíritu y que tales otros son originados por el organismo, sería preciso saber dónde empieza y dónde acaba el espíritu y dónde empieza y dónde concluye también el cuerpo. Pero yo, de mí sé decir únicamente que al examinar mis actos encuentro una constante compenetración de todas

mis fuerzas, de todas mis actividades; que no hay acto originado en los más oscuros limbos del pensamiento que no se refleje y de algún modo se exteriorice en el organismo físico; y de igual modo, que no hay fenómeno que en éste se verifique, del cual directa o indirectamente no reciba la influencia en lo que llamo mi espíritu; fenómeno que se comprueba más a medida que el acto va siendo más claro y distinto.

Esta unidad de nuestra naturaleza, que patentiza a todas horas, según hemos visto, la unidad de nuestro ser, no empece, sin embargo, para que nos cerciorem de la distinción de los elementos, fuerzas o funciones que en él se dan.

Hasta hoy habíase tenido por muchos al cuerpo como cosa despreciable e indigna, y quizá de esta exageración ha nacido la exageración contraria de suponer que nada más que materia hay en nosotros, entendiendo, por supuesto, por materia lo que afecta a nuestros sentidos.

Pero, ¿podemos nunca suponer que un fenómeno como el de la quilificación, donde intervienen las fuerzas del organismo para producir la transformación química de los alimentos, sea lo mismo que la elaboración del pensamiento, que la discusión de un tema? ¿Podremos nunca suponer que la aceleración del ritmo del corazón, producida por el hecho de correr, es debida a la misma causa que esta aceleración, cuando es ocasionada por la impaciencia de una noticia que se ansia? ¿Podremos tampoco confundir la fuerza muscular empleada para levantar un peso determinado, con la fuerza intelectual capaz de medir y calcular distancias enormes?

Por mucho que alambiquemos y hagamos distinciones sutiles, por mucho quo dudemos, nos será forzoso confesar que la actividad o la fuerza que produce los fenómenos químicos y orgánicos en nuestro cuerpo, no es la misma actividad o fuerza que da origen a los fenómenos anímicos; y si bien la observación nos atestigua que no existe esa separación supuesta entre los actos materiales y los actos espirituales, que la fuerza psíquica se vale de las demás para realizar sus fines y cumplir sus propósitos, la observación misma nos muestra que no hay ni puede haber paridad entre una y otra, que puede haber un gran desarrollo del organismo cumpliendo este perfectamente sus funciones, y sin embargo estar atrofiadas las facultades de la

inteligencia o de la sensibilidad, que puede uno tener una gran energía física y ser inútil para cualquier trabajo intelectual que exija algo de esfuerzo y constancia. Por consiguiente, si en nosotros hay un organismo que cumple sus funciones con arreglo a las leyes materiales, hay también una fuerza que anima este organismo, que, unida a él, constantemente le impulsa, le dirige y determina a obrar, y esta fuerza es la que produce los actos que estimamos como más importantes en la vida. Esta es la fuerza psíquica.

Los hombres, efectivamente, no se aprecian por su estatura, por su fuerza, por su peso, por lo mejor o peor que respiran y por lo bien o mal que digieren; se estiman más bien por sus actos intelectuales: entre el que emplea su fuerza muscular para levantar pesos y una máquina hay similitud de funciones, pero no entre esta misma máquina y el que mueve su inteligencia para concebir una verdad o el que siente su corazón dulcemente conmovido por una afección tierna e íntima que le inclina a realizar el bien en beneficio de sus semejantes.

En medio de este materialismo absorbente que nos envuelve, fuerza es insistir una vez más en hacer ver cómo atendiendo simplemente al testimonio de nuestra propia conciencia, vemos que hasta los mismos que tan positivistas se muestran, dan más importancia a los actos psíquicos que a los actos de la vida física: a aquellos en que la fuerza anímica mueve, impulsa y dirige, que a los otros en que, predominando las leyes materiales, se emplean solamente las fuerzas mecánicas, sustituibles por otras más poderosas a su vez. De aquí la gran verdad del aforismo: *Mens agitat molem*⁴.

⁴ Nota de SEDE: “La mente mueve la materia” (Virgilio, *Eneida*)

CAPÍTULO V

La fuerza psíquica y las fuerzas orgánicas

Lo dicho anteriormente nos pone en camino para ver las diferencias más notables entre la fuerza, productora de los fenómenos psíquicos y las funciones orgánicas de nuestro cuerpo. Para esto nada mejor que poner en parangón las leyes a que ambos obedecen, pues todos los hechos obedecen siempre a una regla invariable que es su ley, y buscando las leyes de estos hechos veremos las diferencias que entre ellos existen.

El organismo humano está sujeto desde su formación a los procesos dinámico, químico y orgánico, a que están sometidos los demás cuerpos de la naturaleza. Ningún privilegio vemos en este punto para nuestro organismo, pues obedece a las mismas leyes que todos, y en él se dan idénticos fenómenos que en los demás. El calor, la luz y la electricidad con la variedad de fenómenos a que dan lugar, influyen y se dan en nuestro cuerpo como en cualquier otro cuerpo animal. Nuestro organismo, cuando le falta cierto número de grados de calor que necesita, está aterido e imposibilitado de cumplir sus funciones; si es la luz la que falta, su influencia se deja sentir grandemente, y la electricidad influye también sobre él de análoga manera que sobre cualquier otro organismo, produciendo variedad de fenómenos. Por lo que hace al proceso químico, los alimentos se disuelven merced a los jugos de nuestro interior como pudieran hacerlo en otro cuerpo de un modo análogo, y por lo que hace a la asimilación y desasimilación, no hay diferencia notable con cualquier otro organismo parecido. Nuestro origen orgánico, como el de todos los seres, es una célula, de la que se derivan otras varias, las que a su vez dan lugar a tejidos, órganos y aparatos. Nuestro cuerpo crece y se desarrolla en el espacio hasta cierto límite, y después entra en un

periodo de paralización en su movimiento ascendente, hasta que sobreviene el fenómeno que llamamos muerte.

Hasta aquí no vemos nada de particular respecto de nosotros que no veamos en ningún otro de tantos seres análogos como pueblan la tierra. Pero a su vez, lo que llamamos el espíritu, en cuanto fuerza que anima y vivifica el organismo, no está sujeto a estas leyes físico-químicas ni orgánicas, aunque repercuten en su ser los efectos de los actos materiales, por la íntima relación entre el espíritu y el cuerpo.

El espíritu tiene por ley la espontaneidad, la actividad constante en todos sus actos y determinaciones. No está un momento en reposo, y esta actividad no sólo es continua, sino progresiva. Nuestro cuerpo, llega un momento en que no crece más, en que deja de nutrirse y muere. Nuestro espíritu constantemente se alimenta de nuevas ideas, de nuevas afecciones, y caben en él nuevas determinaciones de su voluntad, que a su vez producen movimientos nuevos en su ser, los cuales sirven para realizar otros actos distintos de los ya verificados.

A lo más que llegan los modernos progresos fisiológicos es a esta conclusión: el espíritu se desenvuelve paralelamente al organismo, y aún esto no es verdad en muchos casos, donde quiera que se da un alma viril y enérgica en un cuerpo enfermizo y débil, y por el contrario, un espíritu perezoso y apático en un organismo fuerte y bien desarrollado.

Tenemos, pues, que, por lo que hace al organismo físico, ningún privilegio tiene respecto de los restantes organismos de este planeta. Todas las leyes naturales se dan en él de la misma manera, y por esta razón se ha llamado al hombre *microcosmos*, porque efectivamente, es un mundo en pequeño. Y tenemos también, que por los actos psíquicos venimos en conocimiento de la fuerza análoga que los produce, siendo esta fuerza el elemento inteligente que nos anima, el elemento impulsador que mueve y dirige, el que es causa de nuestros actos, por los que nos decimos seres libres y responsables; *el espíritu*, en fin, o alma.

Pero esta fuerza psíquica, este espíritu que reconocemos, ¿se originará del mismo organismo? ¿será una vibración o un movimiento más o menos sutil de los nervios o de la masa cerebral? ¿será una función, al fin, de esta parte del organismo, como las funciones de

otros órganos?

Ciertamente que, si los efectos de la fuerza pensante fueran análogos a los fenómenos físicos, no habría duda ninguna; pero si vemos que son de muy distinta naturaleza, la razón nos dice que no tienen su raíz, su principio de origen, en este mismo organismo.

No obstante, se dirá: concedido que el espíritu existe como fuerza que no debe su existencia al organismo físico, que no es una de sus funciones, ni la resultante de determinados movimientos; pero esto no prueba que no pueda vivir sin cuerpo, antes bien, vemos ordinariamente que si el cuerpo está debilitado por afecciones locales o generales, el alma se debilita también y pierde poco a poco sus facultades. Si se interrumpe la vida de un órgano importante, el espíritu cesa en sus funciones; por ejemplo, si el cerebro está enfermo o lesionado, el espíritu se halla incapacitado de concebir, de juzgar, de razonar, de ejercer, en suma, sus actos psíquicos. ¿Qué espíritu, pues, es éste independiente del cuerpo, al cual no debe su origen, y que, sin embargo, queda como subyugado; de tal manera, que la interrupción de su vida suspende también la de aquél? Tal sucede en los casos en que una lesión cerebral produce los fenómenos de amnesia, afasia y otros semejantes.

Efectivamente; la objeción no deja de tener fuerza si se afirma que el espíritu es independiente del organismo, y por consiguiente, para nada necesita de él: esto es absurdo. Pero una cosa es que el espíritu necesite, para obrar, del concurso del cuerpo, y otra que éste no sea más que un instrumento, con objeto y fin determinados, al servicio del espíritu; conjunto de aparatos que tienen por objeto dos cosas: recibir impresiones para trasmitirlas a la fuerza psíquica, y que ésta se dé cuenta de ellas para saber lo que pasa en el mundo externo y en el propio organismo; y reaccionar sobre el mundo exterior en virtud del impulso comunicado por el espíritu, para poner en movimiento las distintas partes del cuerpo y traducir en actos sus voliciones.

Este cuerpo, pues, que tenemos, no es más que un medio, como la pluma y el papel lo son para escribir, como un instrumento músico para ejecutar una pieza musical, como un anteojito para ver un objeto a distancia, un barco para navegar, etc.; medios, y medios, si se quiere, indispensables; pero ni la pluma es la que escribe, ni el piano el que toca, ni el aparato telegráfico el que trasmite despachos: es el elemento

inteligente el que dirige, el que impulsa, el que verifica ciertos fenómenos, porque, valiéndose de las leyes naturales, hace que tales fenómenos se produzcan. Este es, pues, el cuerpo: un instrumento con este doble objeto: concentrar impresiones en el espíritu para que, mediante la sensación, conozca del mundo exterior y de su propio organismo, y obrar sobre los demás objetos para realizar el espíritu sus deseos. Sin órganos del lenguaje no hablaremos, pero el lenguaje no es más que un signo, un medio para hablar; y así los demás signos.

Así, pues, las diferencias entre el espíritu y el cuerpo nos prueban que el uno no es el otro, que si bien hay trato continuo, comercio psicofísico, los caracteres del uno no son los caracteres que vemos en el otro, y que, por deducción, los efectos diversos suponen diversas causas.

CAPÍTULO VI

La Psicofísica

Si hay alguna verdad comprobada en los estudios antropológicos es la de que, en el hombre, todo es psicofísico; es decir, que todos sus actos son de espíritu y cuerpo a la vez; que no hay fenómeno, que no hay estado, en que no intervengan ambos factores: el entusiasmo más ideal, el misticismo más espiritualista tienen su correlación, su correspondencia y traducción en lo externo, en lo orgánico; y el movimiento de la fibra más insignificante, del órgano o tejido más pequeño de nuestro cuerpo, ya sea simplemente vibrátil, ya automático o reflejo, tiene su repercusión en el espíritu: está compenetrado e influenciado por esa fuerza que impulsa y dirige constantemente nuestros actos voluntarios, y que anima y regula inconscia, pero evidentemente, los demás fenómenos de la vida.

Sin el espíritu no hay ser, no hay propulsor, no hay centro de fuerzas convergentes, y sin el cuerpo, no hay instrumento, no hay medio, no hay manifestación, y por tanto, no hay traducción de energías, mientras el hombre es tal.

De aquí han nacido los delicados trabajos acerca de la relación e influencia mutua del uno y el otro elemento, del espíritu y el cuerpo, que han dado por resultado conocer algunas de sus diferencias y las leyes respectivas a que obedecen. Weber y Fechner, Delboeuf, Wundt y Helmholtz figuran en primera línea entre los que más se han distinguido en estos trabajos de psicofísica. De ellos se desprende una verdad muy sencilla e importante, a saber: que todos los fenómenos de relación entre el espíritu y el cuerpo se reducen simplemente a dos clases, sensación y movimiento: la inspiración más genial y sublime, lo mismo que la impresión más tosca, se traducen de estas dos maneras, como sensación y movimiento, en que lo uno ocasiona lo

otro. Toquemos un objeto candente: la impresión de dicho objeto sobre nuestra piel, transmitida por los nervios sensitivos al cerebro, llega a producir la sensación de dolor, y ésta, el impulso del espíritu, que comunicado por los nervios motores a los músculos del brazo y de la mano hace que la retiremos; por donde vemos que la sensación ocasionó el movimiento.

Mas no es preciso que la sensación de dolor se produzca para que el movimiento tenga lugar: basta que veamos el objeto para que apartemos la mano y no le toquemos; no hay entonces sensación de dolor, pero sí el mismo movimiento: es que se conserva el recuerdo de sensaciones dolorosas anteriores, y sabemos por experiencia que aquello produciría dolor. De todos modos, el acto es psicofísico, debido a una impresión exterior traducida en impulso del espíritu. De esta manera es cierto que el hombre piensa *con el cerebro* pero es erróneo que piense *el cerebro*: el pensamiento supone los dos factores, espíritu y cuerpo.

Pero decimos que no hay acto exclusivamente espiritual, ni solamente corporal, sino que todos los que el hombre ejecuta son psicofísicos, de espíritu y cuerpo, si bien preponderando el uno o el otro elemento. Partiendo de esa base se ha pretendido concluir que el espíritu es no más que resultado de la actividad cerebral, un movimiento funcional de este órgano. Mas es lo cierto que estas mismas investigaciones han venido a demostrar lo contrario. La sensación y el movimiento son las dos formas en que se manifiestan todos los actos humanos, pero lo uno no es lo otro, ni siquiera están en relación proporcional muchas veces. El movimiento no es una simple contestación en cantidad y cualidad a la impresión recibida: es de otro orden muy superior.

Así, no es el cerebro, según se había supuesto, como estación telegráfica, destinada a recibir las impresiones que, como, despachos le comunican los nervios sensitivos, (los cuales se hallan repartidos a manera de alambres telegráficos por todas las partes de nuestro cuerpo), para luego transmitir este mismo despacho por los nervios motores a la periferia de nuestro cuerpo y reobrar sobre lo exterior, ocasionando el movimiento de tal o cual parte o de todo el cuerpo; sino que hay que contar con el telegrafista, el espíritu, que lejos de ser pasivo, modifica el parte de tal manera que una misma impresión recibida por individuos distintos o por el mismo en diversas

circunstancias, produce diferentes resultados por la parte esencialísima que en ello toma el espíritu. Si, por ejemplo, estando en un teatro se oye la palabra fuego, es seguro que la mayor parte de los espectadores se precipitan de sus asientos y procuran salir con la mayor rapidez. El movimiento sin embargo, no es a consecuencia de la simple ondulación material que llegó a nuestros oídos, como el movimiento de la bola de billar es proporcionado a la fuerza del golpe que recibe, sino que el movimiento de nuestro cuerpo en aquel caso es debido a la interpretación que rápidamente hace el espíritu de lo que significa aquella palabra; de tal manera que los espectadores más distantes pueden muy bien moverse con más energía y rapidez que aquellos otros que por estar más próximos han oído la voz con más intensidad; y de fijo que si entre los asistentes hay alguno que sea extranjero y no entiende el significado, a pesar de recibir su oído la misma impresión, no se moverá de su sitio hasta que no comprenda por la agitación de los demás, que hay peligro.

Esto prueba la realidad del espíritu como ser distinto del cuerpo, el cual es un medio o instrumento de que aquel se sirve para comunicarse con el mundo exterior y poder reobrar sobre las impresiones recibidas.

¿Cuáles son sus facultades? ¿Es una sola o son varias?

CAPÍTULO VII

La conciencia

Dice Víctor Hugo: «Hay una cosa más grande que el mar y es el cielo; y hay una cosa más grande que el cielo: el interior del alma humana.»

Efectivamente, en el alma se dan grandezas y maravillas inefables, como en los espacios estelares, y hay también abismos más profundos que los abismos de la materia. En el alma irradia la inteligencia con una luz tan vivísima para la vida del espíritu, como la luz del sol, que ilumina nuestros pasos materiales; y hay a veces en el pensamiento tanta oscuridad cuando las ideas nos faltan, como hay oscuridad para nuestra débil retina cuando los rayos del sol no la hieren.

¿Quién no ha visto cruzar con ligereza en las noches estivales esas estrellas fugaces, que un momento brillan a nuestra vista para luego desvanecerse y desaparecer? ¿Quién no ve también surcar por nuestra mente ideas y pensamientos que al momento se extinguen, con mayor rapidez con que aquellas ven apagada su luz?

Cuando la atmósfera está cargada de electricidad y las nubes se amontonan, y se hace oír el trueno y estalla el rayo, nos sentimos sobrecogidos; pero las tormentas del espíritu son aún más terribles. Así como del choque de opuestas electricidades surge el rayo, del choque de opuestos sentimientos y de encontradas ideas surge la cólera que se desata en el rayo de la venganza y del odio que hiere o mata; con la diferencia que las tormentas atmosféricas purifican el ambiente y las tormentas humanas dejan el alma a veces agobiada por el peso de un remordimiento.

¿De dónde nace, pues, esa fuerza tan varia que en el alma humana vemos; que unas veces se arroba en mística plegaria rogando suplicante al Padre de las misericordias calma y fortaleza para sobrellevar los combates de la vida y otras veces agitándose furiosa y despechada prorrumpen en maldiciones y blasfemias? No parece sino que son dos almas o una misma con propiedades de todo en todo opuestas.

Por otra parte, cuando vemos en nosotros un estímulo que nos hace levantar los ojos del espíritu y aspirar a un más allá soñado, pero no conocido, mientras que las necesidades orgánicas nos sujetan cuando intentamos sobreponernos a ellas; parece confirmar el dicho de Pascal de que el hombre es ángel y bestia, que si su inteligencia le eleva al cielo, sus pies lo encadenan a la tierra; lucha interior expresada por Espronceda cuando decía:

«Aquí para vivir en santa calma
O sobra la materia o sobra el alma.»

Es preciso, pues, saber si el espíritu cuando obra mal y luego se arrepiante y llora el desacierto cometido, tiene facultades diversas, unas que le estimulan al mal, otras que le hacen reconocer y odiar ese mismo mal; unas que le elevan al ciclo del amor más acendrado y puro y otras que le atraen y sujetan a ser esclavo de las sensaciones más groseras.

No hay esa dualidad: el alma es una y la misma siempre, pero obrando en diferente estado, situación y modo de ser distinto. El criminal más empedernido puede llegar a convertirse en el hombre más ejemplar, siendo el mismo ser, el mismo espíritu, que piensa y siente entonces de diferente manera. Y como los actos son consecuencia de los pensamientos, necesariamente, al pensar de diferente modo, obra y se comporta de diverso modo también.

Si arrancamos un diamante de las entrañas carboníferas de la tierra, al principio ningún fulgor irradia; pero al pulimentarle, cuantas más facetas se labran más reflejos despiden. Sin embargo, el mismo diamante es cuando ningún brillo presentaba que cuando nos deslumbra con sus resplandores. ¿Ha cambiado de naturaleza? No; solamente ha cambiado de estado, de forma, de pulimento.

Lo mismo es el espíritu: cuando apenas la inteligencia retiene

unas cuantas sensaciones es el mismo ser que cuando por el esfuerzo y trabajo combina y discurre sobre multitud de ideas; cuando apenas alborea tímidamente un afecto más o menos sensualista es el mismo que cuando en inefable amor se dilata su ser y envuelve a otros seres, llegando a sacrificarse por ellos, si es preciso; y si primero es débil e irresoluto, vacilante en sus propósitos, no es después otro, cuando enérgico y fuerte, sabe dirigir consciente y seguramente sus pasos en el escabroso camino de la vida.

Mas, no solamente en el mismo ser no cambia nunca su naturaleza esencial, sino que entre alma y alma no hay diferencia de naturaleza; solamente hay diferencia de *desarrollo* en propiedades idénticas. Un diamante es siempre carbono puro cristalizado, como cualquier otro, aunque refleje más o menos luz; un espíritu, es siempre ser racional, que irradia más o menos luz espiritual, según el desarrollo de su inteligencia, la intensidad y pureza de sus afectos y la energía de su voluntad. Y así como dos círculos en lo esencial son siempre iguales, pues las diferencias de posición y magnitud no impiden que los dos tengan las mismas propiedades fundamentales, las diferencias de todos los seres racionales no alcanzan a interesar sus facultades esenciales: entre el más ignorante y el de más talento, como entre el más malvado y el más santo no hay diferencia esencial, de cualidad: la hay más o menos grande, de cantidad, en el desarrollo, en la modalización de sus facultades; mejor dicho, en el grado de progreso de la única facultad que el espíritu tiene: la conciencia. Todas las demás (según veremos), son modificaciones de esta, o la conciencia misma, obrando de diferente manera según los casos, al modo como los colores son la misma luz modificada.

Entre tanto reconozcamos que el espíritu es idéntico siempre a sí mismo, en medio de sus mudanzas de estados y fenómenos de sus cambios de ideas, opiniones y sentimientos, cuya propiedad la reconocemos porque en nosotros nos lo atestigua nuestra conciencia.

CAPÍTULO VIII

Caracteres del espíritu en sí mismo

La experiencia personal es muy limitada en tiempo y espacio, y el horizonte sensible que ilumina es de cortísimo alcance. Para auxiliar más nuestra investigación es preciso un telescopio de mayor potencia: este telescopio que nos permite ver las cosas hasta los linderos más apartados de nuestra personalidad, es la razón. Merced a ella sabemos acerca de lo fundamental, de lo permanente y esencial de un ser, de una idea, de un principio; y por su cualidad de conocimiento universal se aplica siempre a toda clase de conocimientos de esta naturaleza. Partiendo de la naturaleza de las cosas, perceptible por esta facultad, reconocemos que las paralelas, por ejemplo, no se encuentran nunca aunque se prolonguen, por más que sea imposible poderlas trazar hasta lo infinito; sabemos también que todos los círculos son redondos aunque jamás nos sea posible ver los que se han trazado por todos los hombres; porque no es una mera inducción que se basa en analogías: se basa en las propiedades esenciales de su naturaleza,

¿Qué es, pues, el espíritu en sus cualidades permanentes?

Siempre y en todas partes el espíritu es una actividad que constantemente se mueve, vive y obra: un elemento inteligente que anima un organismo, que es el medio de expresión de su fuerza interna y de relación con los demás seres: un ser íntegro, total, completo, en cualquier momento de su vida.

No hay en el espíritu centro especial de facultades. No tiene más que una: la cualidad de ser y estar en sí, de darse cuenta de toda relación exterior y de toda manifestación interna, cualidad que denominamos *Conciencia* y que es sucesivamente ampliable en su desarrollo. Todas las facultades son derivaciones de ésta, o mejor son

la misma conciencia, obrando de modo determinado. No adquiere, pues, el espíritu, en su perfeccionamiento, cualidades que ya no posea, ni facultades nuevas; únicamente desenvuelve la actividad de esta sola facultad, la Conciencia.

Esta condición de ser y de manifestarse el espíritu hace que siempre obre en unidad, que siempre se manifieste en la totalidad de su ser. En cualquier acto del espíritu se manifiesta, en efecto, todo el espíritu; como que es simple, íntegro y total.

Los actos varían, no obstante, al infinito; pero es por la determinación voluntaria que les acompaña, por el diferente grado de intención o por la intensidad mayor o menor de sentimiento que les anima, pues nunca en el espíritu están equilibradas sus fuerzas, que llamamos facultades, o las determinaciones distintas de su Conciencia que toman este nombre. A lo más, hay un equilibrio inestable: pero, por lo mismo, poco duradero.

Los estados o las determinaciones de su actividad que el espíritu realiza en su vida, los denominamos actos. Estos actos del espíritu son siempre sucesivos y continuos. No hay dos de ellos que sean completamente iguales.

Siendo el espíritu un ser permanente y teniendo por cualidad esencial la Conciencia, es esta cualidad que le acompaña en mayor o menor grado de desarrollo. Los actos, pues, conscientes, son permanentes para él. De aquí el poder reproducirlos cuantas veces quiera. No es precisamente que los conserve por su memoria durante más o menos tiempo, ni que, en realidad, estos actos o estados sean permanentes, sino que tiene el poder de reproducir los estados conscientes porque ha pasado, siendo en este sentido permanentes en él.

La sucesión de los estados del espíritu engendra su tiempo. El tiempo, pues, del espíritu no está sometido a las leyes de la naturaleza física como el cuerpo. Ordinariamente se cuenta nuestra vida por el desarrollo del organismo carnal, en conformidad con las leyes naturales, y así decimos, por ejemplo, que tiene treinta años aquel individuo que, en el periodo transcurrido desde su nacimiento hasta la fecha, la tierra ha dado treinta vueltas al rededor del sol; y como el cuerpo está sometido a este proceso de la naturaleza planetaria, como nace, crece, se nutre y muere como los demás seres naturales, resulta

que contamos la edad del hombre por lo que en él es más contingente y menos importante: por la edad del cuerpo. Pero sucede a veces que mientras un individuo tiene treinta años, porque ésta es la edad de su cuerpo, su espíritu inculto, poco desarrollado, tiene menos edad o sea *menos actividad* o menos vida que otro individuo que, de menos edad material, ha experimentado más afecciones, ha tenido más determinaciones voluntarias y más ideas en su inteligencia. No vive, por consiguiente, más, aquél que más años tiene, sino aquél que más desarrolla su espíritu.

El espíritu, no obstante, en su ser, está fuera del tiempo. Engendra *su tiempo* al producir actos sucesivos; pero su esencia está fuera de esta condicionalidad; su vida es continua; su actividad es permanente, y tan sólo en los estados de esta actividad es donde se produce su tiempo: tiempo relativo a él y no a otro ser, tiempo que nada tiene que ver con las mudanzas de los demás seres, ni por consiguiente con los tiempos de los planetas al recorrer sus órbitas.

Además, cada planeta tiene su tiempo, según la mayor o menor velocidad con que gira, de donde resulta que, teniendo velocidades muy desiguales, tienen también diferentes tiempos. De modo, que no sólo para el espíritu, sino también para los cuerpos hay esta misma ley: el tiempo es originado por la sucesión de actos, de movimientos, y cada ser está sometido a sus movimientos propios.

El organismo limita al espíritu como un molde limita la materia que contiene. Sin embargo, esto no es del todo exacto, porque el espíritu no está encerrado en el organismo, pues lo inferior no puede contener a lo superior, sino que irradia a través del mismo, como la luz no está encerrada dentro del tubo de una lámpara, sino que se extiende al rededor en un círculo de mayor o menor alcance.

El espíritu, decimos, tiene por única facultad de la cual todas se derivan en serie diferencial, la Conciencia; y desarrolla la Conciencia con el cambio de estados, siempre que estos perfeccionen su naturaleza. Ahora bien; lo que perfecciona nuestra naturaleza, lo que nos satisface porque conforma con nuestra esencia, eso es el bien. De modo que el cumplimiento del bien, es la realización de la esencia del espíritu: es lo que le perfecciona; y como para ello es preciso la relación con nuestros semejantes y con todos los demás seres, el espíritu tiene también esta facultad de relación. Es un ser de

universales relaciones, de tal modo, que todos los fenómenos puede decirse que vienen a él, que en él repercuten. Cada ser, sin embargo, sólo aprecia lo que en el límite de su desarrollo esencial alcanza; y a medida que más se perfecciona, más refleja de sí las bellezas que percibe, del mismo modo que el diamante, a medida que se pulimenta, refleja mejor los puros destellos de la luz.

De aquí se desprende que no hay ningún ser aislado. Todo ser está contenido dentro de la esfera de otro y de otros seres. El universo entero está de este modo compenetrado y animado por la Causa absoluta.

Así, la fuerza que impulsa a los seres y que los obliga a progresar depende, no tan sólo de la virtualidad de sus facultades, sino de que esta esfera de actividad superior que nos compenetra, que nos anima y vivifica, determina en cierto modo movimientos y actos que, sin coartar nuestro libre albedrío, tienen por principal objeto hacernos progresar elevándonos sobre el nivel de adelanto ya adquirido.

Todos los seres sienten en sí aspiraciones a lo perfecto, sienten en sí mismos esa fuerza que desconocen y que les anima a proseguir su actividad para alcanzar mayor perfección.

No hay seres desconocidos, no hay seres olvidados, y todos influidos, todos vivificados por el soplo de la actividad Creadora, vamos en el Universo infinito realizando nuestros destinos, identificándonos cada vez mejor, desarrollando con más plenitud nuestras facultades, sintiendo cada vez más del Universo, de nosotros mismos y de la Divinidad en proporción del desarrollo alcanzado.

CAPÍTULO IX

Las facultades anímicas

Hemos visto que el espíritu solo tiene una facultad, la conciencia; pues todas las demás son modalizaciones de esta, o como dice Paul Janet, «la misma conciencia transformada». Mas no hemos de restringir el concepto de ésta a la conciencia moral, en que el hombre, constituido como juez de sus actos, a sí propio se acusa y él mismo se absuelve o se condena; ni tampoco como hacia la Psicología tradicional hemos de entender por tal, el simple sentido íntimo, en virtud del cual el alma se observa y conoce en sus actos interiores.

Pasa con este concepto, como con otros muchos, que a medida que el hombre va indagando y descubriendo más, más también se amplían y generalizan: por eso decía Kant que la ciencia se va formando por la sucesiva reconstrucción del concepto.

La Conciencia en su amplio y verdadero sentido es la intimidad del alma consigo misma y con todo lo que se pone en relación con ella; la presencia del alma ante sí y ante toda relación exterior. Es decir, que si el alma no advierte, *no presencia* un fenómeno, sea interno, sea externo, no es anímico; y para el espíritu como si no se verificara. La conciencia pues, en este sentido, es fuente total de relación del ser consigo mismo y con los demás.

Pero esta relación puede verificarse de varias maneras. Cabe que el espíritu, sintiendo una modificación en su yo, en su ser, experimente placer o dolor y esta modificación de carácter afectivo o emocional es la sensibilidad. Mas al mismo tiempo que el alma experimenta esa afección intenta buscar la causa de la impresión producida, y esta interpretación lo hace mediante la inteligencia. Cabe por último, que procure, que intente evitar o tener otra vez otras

impresiones análogas, y este esfuerzo lo verifica merced a la voluntad, en virtud de la cual quiere o no quiere.

No es sin embargo el espíritu una resultante de estas tres facultades; no es una suma compuesta de varios sumandos; antes bien, el espíritu es siempre un todo que obra totalmente, aunque de diferente manera cada vez. Cuando el hombre conoce, es su espíritu uno y todo quien conoce, no una parte de él; es el espíritu presente a un objeto dado, distinguiéndose de él; que por eso el conocer es facultad de relación y de distinción, porque para conocer es preciso que lo conocido nos sea presente, que esté en relación con nosotros, y que el sujeto discierna y separe lo homogéneo de lo heterogéneo, y antes distinga su personalidad del objeto cognoscible; solamente así es la inteligencia luz de la vida espiritual.

Cuando el hombre siente, es también su alma toda la que se siente emocionada, conmovida, al recibir una impresión, material o moral. También hay aquí relación, pero no de distinción, sino de compenetración entre el que siente y lo sentido; que por eso se dice que el que ama hace suyas las penas y alegrías del ser amado. De este modo a la manera que la inteligencia es luz, el sentimiento es calor que anima y vivifica nuestro ser.

Cuando el hombre, por último desea, intenta, quiere obrar, se relaciona con aquello querido en relación de finalidad, siendo este móvil o motivo de obrar, imprescindible para que baya volición, pues cuando el sujeto quiere, algo quiere; si bien este motivo no determina la acción, no la obliga, porque puede el alma dejar de querer y de obrar.

Estas son las tres esferas de la conciencia, los tres poderes permanentes del espíritu en virtud de los que realiza toda clase de actos, pues todos ellos son fenómenos intelectuales, sensitivos y volitivos. En todos ellos se da el mismo ser, el espíritu, que se relaciona de diferente manera con aquello que está ante él presente: con relación de sustantividad o distinción (inteligencia) con relación de compenetración o intimidad (sentimiento) y con relación de finalidad (volición). Se diferencian pues los diversos actos anímicos en la cualidad de la relación del ser con el objeto presente ante él. Y como esta facultad de estar presente ante sí o ante toda relación, hemos dicho es la Conciencia, vemos ahora confirmado que el espíritu

tiene esta sola facultad, que toma diferentes nombres, según la manera como se comporta y obra.

Estas tres esferas de la vida psíquica, inteligencia, sentimiento y voluntad, no son solamente propiedades a la manera que la unidad y la identidad; son además facultades, porque el ser, el espíritu, es director de ellas, que puede regular su actividad; por cuya condición es responsable de la dirección que da a su vida. Las tres son coordinadas, o del mismo orden y jerarquía, sin que valga la una más que la otra, ni debamos, por consiguiente dar preponderancia a una con perjuicio de las demás; en cuyo principio se debe basar toda buena educación para no formar al hombre demasiado abstracto y soñador, a la par que poco afectivo y enérgico, o muy apasionado y poco razonable y ordenado. El alma es una armonía y cualquier desequilibrio se hace notar en toda ella, porque sus actos, consuenan rítmicamente, como dice Platón, a la manera que las cuerdas de la lira.

CAPÍTULO X

La razón

Desde el momento en que al hombre lo consideramos como ser racional asignamos a esta facultad la cualidad específica que le distingue de los demás seres a él inferiores. En efecto, todos los animales tienen espíritu, tienen alma; pero este espíritu no es racional. Importa, pues, considerar lo que es este atributo con que se ennoblece el ser humano, y que constituye la característica de su espíritu.

La razón es la facultad de conocer lo universal y permanente de los objetos; lo necesario, esencial e inmutable. Opuesta al sentido, en virtud del cual la inteligencia percibe lo particular y variable, la razón da unidad a la multiplicidad de hechos, investiga sus causas, formula leyes y principios y constituye las diversas ramas de la ciencia al ordenar en un todo sistemático, bajo unidad, diversidad de conocimientos.

Cuánta es la importancia del conocimiento racional no cabe dudarlo: sin ella sería imposible nada de orden, plan y método, nada de sistema en la ciencia y en la vida; pero en virtud de ella penetramos en lo íntimo de las cosas, en sus propiedades fundamentales y vemos la unidad en lo diferente y heterogéneo. La misma experiencia no tendría valor sin las ideas racionales: el hombre, por ejemplo, no podría sin estas saber que la atracción es ley universal porque le es imposible comprobarlo en todos los puntos del universo; que todo fenómeno tiene una causa, y que cualquier todo es mayor que una de las partes, si la verdad de estos conocimientos no traspasara los límites de la experiencia, hasta el punto de que aunque no los hayamos podido comprobar más que en algunos casos les damos un valor universal; porque tenemos la evidencia de que es necesario, imprescindible, que

así sea. Si todos los conocimientos que el hombre posee dimanaran de la experiencia no podría el hombre saber lo que es infinito y eterno, pues ni lo primero se forma de la sucesiva adición de unidades, ni lo segundo es tiempo de mucha duración, sino lo contrario del tiempo.

No obstante, si la experiencia no forma el conocimiento racional, lo sugiere, y esto hace que las ideas sean a la vez innatas y adquiridas contra el sentido estrecho de sensualistas y de idealistas que se fijaban en uno solo de los dos aspectos. Las ideas, como dice Naville, son como el péndulo de un reloj y la experiencia es el impulso que pone en movimiento dicho péndulo: las ideas de ser, existencia, unidad, causa, etc., constituyen el fondo de nuestra inteligencia y estas mismas ideas las aplicamos cuando alguna sensación nos obliga a ello; así la idea de que todo efecto tiene una causa, es superior a la experiencia porque traspassa sus límites; pero existe en nosotros con ocasión de observar un fenómeno. Por esto es cierto lo que decía Locke: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*,⁵ y también es lo que añadió Leibnitz: *nisi ipse intellectus*.⁶

Esto nos da la clave para comprender cómo todas las ideas son a la vez que permanentes bajo un sentido, variables bajo otro sentido. La idea de justicia, de belleza, de verdad, las tiene todo hombre; pero son variables según el grado de cultura, no solo entre distintos hombres, sino en uno mismo, en diferentes épocas. Esto consiste en que el entendimiento interpreta y aplica cada una de estas ideas generales a hechos determinados, según su criterio, de donde nace la falibilidad de la inteligencia humana. Dos jueces al sentenciar un reo (y esto lo vemos con alguna frecuencia) pueden hacerlo de manera diferente: el uno absuelve y el otro condena. Los dos tienen la *idea* de justicia, los dos también interpretan los *mismos hechos*, pero lo hacen de diferente manera; y con arreglo al dictado de su conciencia sentencian el uno lo contrario del otro. Por donde vemos que el error no está en la *idea* de justicia, que es de razón, ni en el *hecho* que es de observación, sino en el examen, en la interpretación; es decir, en la aplicación de la idea al hecho, de lo universal a un caso dado. Y como esta función de relacionar lo universal con lo particular es propia del entendimiento,

⁵ Nota de SEDE: «Nada hay en la mente que previamente no estuviera en los sentidos»

⁶ Nota de SEDE: «a no ser el entendimiento humano»

únicamente en el entendimiento es donde cabe error, no en la razón.

En este sentido se dice que la razón no se equívoca; porque la razón no juzga y donde no hay juicio, no hay error: el error proviene del ejercicio del entendimiento, que en su variedad, da origen a los diversos grados de talento; mientras que la razón es igual en todos.

En cuanto al origen de estas ideas hay diversidad de opiniones. Platón lo atribuye a una especie de reminiscencia anterior, por lo que dice que el genio recuerda; Aristóteles al intelecto activo; Descartes y Leibnitz a un innatismo en el espíritu humano. Mallebranche a la visión en Dios mismo y Kant a formas subjetivas o a *priori* de la inteligencia, que esta aplica a todos los objetos.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que merced a esta facultad el hombre conoce el orden que reina lo mismo en un pequeño número de fenómenos que en el universo mundo; investiga las leyes porque se rige aún más allá de donde el microscopio y el telescopio le muestran los linderos de la materia perceptible, y remontándose a la causa primera, conoce, en medio de su pequeñez, la infinita grandeza, sabiduría y amor del Ser que, dotó a sus criaturas de tan maravillosas facultades.

CAPÍTULO XI

La inmortalidad del alma

Quizá ninguna cuestión ha preocupado tanto a la humanidad como el fenómeno de la muerte. Todos los pueblos han tenido sus creencias en este punto, y desde la concepción más grosera de la inmortalidad que supone la continuidad *del hombre* en su vida total, espiritual y corporal, más allá del sepulcro, hasta la concepción más espiritualista, todos los pueblos nos han dado testimonio de sus ideas por lo que hace a tan importante asunto.

No hay nadie que al cerrar los ojos de un ser querido que hacía nuestra felicidad, cuya vida era nuestra vida, no se haya preguntado si al caer en la fosa perderemos para siempre su cariño, si al dar el último aliento, la última sonrisa con que parecía expresarnos todo su amor y todo su anhelo por vernos felices, se habrá extinguido para siempre el soplo de la existencia que le animaba. Por materialista que sea, su instinto le hará desear la continuación de la vida más allá de la tumba; y para, descifrar el insondable porvenir se consultan libros, se repasan teorías, se reflexiona sobre las creencias religiosas y se interroga a los cielos y a la tierra, después de haber preguntado a nuestra conciencia si le es grato la permanencia de aquel ser, a pesar de haberle visto lanzar el último suspiro. ¡Es que la duda que en este punto nos asalta indica siempre que, a pesar de todas las negaciones, el problema, se presenta aún incógnito para nuestra inteligencia, que desea más luz en tan importante asunto!

Y que el asunto es importante, no hay duda: la mayor parte de nuestros actos (por más que otra cosa se crea) se ejecutan en esta vida de conformidad con las creencias que se tienen respecto de la muerte. Si el virtuoso sufre en el silencio, y en el silencio procura hacerse fuerte, ante el martirio de su corazón, ya por enfermedad dolorosa, ya

por el abandono en que le dejara la ausencia de seres amados, ya por injusticias sociales que contristan y hacen desear otra vida donde el reino de Dios tenga su cumplimiento, es, no lo dudemos, porque allá en su corazón, allá en su fuero interno, siente la necesidad de otra vida donde tenga cumplimiento la ley moral, donde tengan sanción los actos meritorios. La inmortalidad es instinto tan poderoso en el hombre, que no puede fallar: pocos instintos engañan al animal, y aún reducido a esa categoría este sentimiento, vemos que no hay hombre que no deje de tenerle.

Mas, para alzar un poco el velo de la muerte, es contraproducente que clavemos nuestra vista en la fosa y apliquemos el oído a la sepultura para percibir un movimiento que nos indique la animación de los restos orgánicos del ser que decimos ha dejado de existir. Precisamente porque el alma es inmortal, es invisible e intangible a los sentidos materiales. Nuestros sentidos no sirven para apreciar impresiones delicadas aún de la misma materia, y mucho menos han de servirnos para darnos cuenta de la existencia y de los actos del ser espiritual, fuera del organismo corpóreo.

Nuestros sentidos no bastan para indicarnos la masa, distancia, temperatura, movimientos, etc., de los astros, porque están tan alejados, que la observación sensible tiene que ser auxiliada poderosamente por la percepción racional. Tampoco nos dan cuenta del movimiento de la Tierra, y sin embargo nos es imposible negarle. Apenas si nos ponen en comunicación con unas cuantas fuerzas de la naturaleza, y, no obstante, las fuerzas de la naturaleza son infinitas y los fenómenos naturales son igualmente innumerables. Este criterio, pues, de investigación es muy limitado e insuficiente, y hay que buscar otra prueba de convencimiento.

Del mismo modo que donde los sentidos nos muestran a las estrellas como pequeñas luces, la investigación racional ve poderosos soles. Y donde nos hacen ver aparentemente el reposo de esos astros, la ciencia prueba su movimiento mucho más rápido que el de la veloz locomotora. Del mismo modo también donde la vista y el oído sólo perciben la quietud de un cadáver, la inducción racional nos evidencia la vida y la actividad del ser que ha dejado de latir con su corazón, pero que no por eso se han extinguido sus afecciones, como no se ha apagado su inteligencia.

La muerte, pues, no es la terminación de la vida. La muerte no es más que la destrucción de los elementos materiales orgánicos de nuestro cuerpo, que pasan al torrente plasmático para nutrir a otros organismos; pero la entidad inteligente queda íntegra con sus facultades.

Para cerciorarnos de la del alma, es preciso ver su realidad; pero verla en nuestra conciencia, con los ojos de la razón, no con los ojos de la cara; querer buscarla con el microscopio o el escalpelo es como querer oír por los ojos y ver por los oídos. Si el espíritu o el alma (empleamos estas palabras indistintamente) tiene realidad, es que ni su existencia ni su vida depende del cuerpo: su relación será de condicionalidad, pero no de dependencia necesaria, como la relación que pueden tener por ejemplo la luna con la tierra. Sin la luna no hay eclipses de este satélite, pero la tierra puede existir sin ella y no es necesaria para otra porción de fenómenos. Del mismo modo sin el cuerpo no hay vida *humana*, pero puede sin él vivir el espíritu. Veamos, pues, si es posible atestiguar esta independencia del espíritu en su vida propia del cuerpo, o por el contrario, si aquel no es más que una función del cerebro.

Si existiera correlación y dependencia entre la fuerza física o corporal y la fuerza psíquica o espiritual, pudiera admitirse que esta no es más que una resultante de las diversas fuerzas combinadas que actúan en el organismo; pero si, lejos de haber ese paralelismo y correspondencia, hay muchas veces oposición y *siempre* la fuerza mental es de otro orden que la del cuerpo, bien podemos concluir que no se derivan del mismo origen ni tienen el mismo principio. El hombre de fuerza más hercúlea, capaz de levantar un gran peso, puede muy bien ser incapaz de sostener fija la atención para resolver un problema algo difícil, y el que resiste la fatiga, el hambre, sed y frío quizá es también débil e irresoluto ante la menor pena que aflige su ánimo y la más insignificante duda que agita su inteligencia.

Además no solo difieren en el orden, género o cualidad de manifestación la fuerza psíquica y la física, se diferencian también en la cantidad, en el alcance de sus funciones. La actividad del espíritu es indefinida, aunque nunca infinita; es una cantidad que constantemente se aumenta. Así el cuerpo llega a tener un determinado peso, volumen y altura, que luego no aumenta, mientras que el espíritu constantemente aumenta y mejora sus conocimientos, su voluntad, sus

afectos. El gimnasta de musculatura más desarrollada dará un salto de determinada longitud o un golpe de tal intensidad, pero no pasará de allí. Mas ¿quién puede negar que el alcance de la inteligencia es mucho mayor? Mientras al primero le es imposible atravesar un ancho río o derribar un fuerte muro valiéndose tan solo de su fuerza física, la inteligencia encontrará medios de conseguir lo uno y lo otro. Es, pues, superior en cantidad y cualidad la energía o poder espiritual a la actividad corporal. Y si es superior no puede originarse aquella de esta, el espíritu del cuerpo, que nunca la suma es superior a los sumandos ni de distinto género. Y de ser cierto el materialismo, tendríamos que la materia gris y la materia blanca cerebral, circunvoluciones y anfractuosidades, nervios, músculos y huesos, vendrían a dar como resultado de sus funciones una fuerza de mayor alcance y poder y de distinto orden, cual es la fuerza mental.

Por otra parte, no se compagina el cambio continuo de moléculas orgánicas con la permanencia del yo, de nuestra individualidad y conciencia. Aunque nuestro cuerpo, al cabo de algún tiempo no conserva ni una sola de las moléculas que antes tuvo, nuestro ser es el mismo, y nuestra conciencia nos atestigua que somos *nosotros* el mismo ser de antes y de ahora, a pesar de todos los cambios del organismo. Por eso tenemos memoria y por eso tenemos responsabilidad, porque cuando delinquimos somos el mismo ser que cuando cumplimos la pena que la sociedad o nuestro propio remordimiento nos impone.

Hay también, según ya hemos indicado, una diferencia esencial entre el tiempo de la vida corporal y el tiempo del espíritu. Puede uno tener más años que otro y ser sin embargo más joven en la vida del espíritu, y a la inversa, contar pocos años de vida y tener más experiencia de ésta que un anciano. El que apenas salió de la aldea en que ha nacido conoce muy poco del mundo y de la sociedad por muchos años que cuente, y el que tuvo una vida dilatada, pero sin dudas, aspiraciones, tristezas, pasiones y anhelos es un verdadero niño en la vida del alma, lo que prueba que estas dos vidas no son siempre paralelas, que un corazón de pocos años puede latir a impulso de emociones no experimentadas por hombres de edad ya madura, los cuales aunque durante mucho tiempo vieron la luz del sol, pueden muy bien estar a oscuras en muchas ideas que su inteligencia no ha concebido.

Pruébanos también la realidad del espíritu y su vida propia distinta de la del cuerpo, los fenómenos de doble sensación y doble movimiento que a veces experimentamos hasta en los actos más sencillos: el niño que roba un dulce experimenta a la par del placer de la golosina, temor e intranquilidad por si alguien le observa; y la madre que se desvela por cuidar a su hijo enfermo, experimenta a la vez que la molestia del insomnio, el placer de cuidar por su hijo. Del mismo modo puede el cuerpo resistir perfectamente la fatiga y haber pereza intelectual, mejor de la voluntad (por eso se inculpa al holgazán); y deseos de trabajar por parte del espíritu y laxitud y dejadez del cuerpo que lo impida; es decir, movimientos y fuerzas encontradas.

La aspiración a una vida mejor donde los actos tengan todos su sanción, lo mismo los meritorios que los culpables no ha de ser una mera ilusión cuando los hechos patentizan que el espíritu no depende en su vida del cuerpo, y por tanto, que al disgregarse aquel para formar nuevos cuerpos, el alma subsistirá con sus propiedades esenciales para conocer, amar y realizar lo verdadero, bello y bueno.

Hace 23 siglos por defender estas mismas ideas de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios fue condenado Sócrates a muerte. Y antes de beber la cicuta dijo a sus discípulos, que estaban tristes: «Parece que teméis, como los niños, que cuando el alma sale del cuerpo la arrastran los vientos, sobre todo cuando se muere en tiempo de borrascas.» «Si hay algo inmortal e imperecible, nuestras almas deben serlo.»

CAPÍTULO XII

La inteligencia en general y la inteligencia discursiva

La inteligencia es la luz espiritual: por ella el espíritu se distingue como tal de los demás seres. Se define diciendo que es la facultad de conocer; pero conocer es lo mismo que tener inteligencia de las cosas o comprender lo que son.

Conocer las cosas es saber lo que son. Esto, sin embargo, es bastante vago. El saber lo que una cosa es puede tomarse en dos sentidos o considerarse bajo dos aspectos: puede uno decir, que saber lo que es una cosa, consiste en conocer *algo* de ella, y puede uno considerar el conocimiento de una cosa cualquiera como el conocimiento en totalidad. En este último sentido es en el que debiera tomarse, porque realmente no es conocer una cosa, conocer algo de ella. En el momento en que hay algo de la misma que se nos escapa a nuestra comprensión, ya no podemos decir que conocemos sino parte de la misma cosa.

Pero este conocimiento total, es imposible: en cualquier sentido, bajo cualquier aspecto que se considere un ser, una cosa, una propiedad, una relación, etc., no cabe considerarla en totalidad, porque ese ser, no es lo que es por sí mismo tan solo, sino por el resultado de sus relaciones con los demás; y para precisar sus aptitudes, propiedades y relaciones, sería menester estudiar todas las fuerzas, todos los seres y todas las relaciones que con él contribuyen a que tenga tales propiedades.

Este conocimiento relativo y parcial de los seres que cabe en nuestra inteligencia limitada, es consecuencia de nuestra percepción. En la medida que percibimos, podemos conocer. La sensación es la base de nuestro conocimiento; pero esta sensación está a su vez

condicionada por el cuerpo, por los órganos que nos sirven de medio para recibir impresiones. Tras de la sensación surge la idea; pero la idea no es ya la sensación, no es la misma sensación transformada, como la vida no es el juego mecánico de los órganos. Hay algo más: la idea surge de la sensación y en ella se apoya, pero la traspasa.

Hay que ver luego, cómo siendo la sensación concreta, hay en nosotros, no sólo ideas relativas, según las impresiones experimentadas, sino ideas de permanencia, de lo universal, de lo infinito; es decir, ideas que no son simplemente percepciones ni generalización de éstas, consecuencia de sensaciones, sino verdaderas *ideas*.

También el paso de la sensación al conocimiento que tanto ha preocupado, está por resolver. Nosotros percibimos las cosas, no tal como son en sí, sino como son en nuestra inteligencia por los medios que nuestro organismo nos presta y el desarrollo intelectual adquirido; pues para ver, por ejemplo, no bastan solamente ojos y luz, sino inteligencia que perciba, y la inteligencia percibe en razón de su progreso realizado. Además que las cosas tampoco puede decirse que son nada en sí, por lo menos nada estable, porque siendo el mudar ley universal de los seres en medio de su identidad, claro es que nuestra inteligencia, de percibir las tales como eran, tendría que ver los continuos cambios y mudanzas en los seres observados. Y como esto no se verifica, pues ante nuestra observación se presentan casi siempre iguales en dos momentos sucesivos de corto intervalo, resulta que tampoco es posible conocer las causas de las cosas y los seres, tales como son en sí, sino tales como se nos presentan por nuestros medios de conocimiento.

A primera vista parece una paradoja decir que el discurrir indica poca inteligencia, como ya afirmaba el Doctor Angélico; sin embargo, hay que convenir en que es una verdad. No quiere esto decir en manera alguna que aquel que discurra o razone más y mejor que otro, vaya a tener menos inteligencia que éste. Esto sería absurdo, pues claro es que, entre dos hombres, decimos que tiene entendimiento más perspicaz e ingenio más profundo aquel que advierte relaciones en las cosas, halla consecuencias y descubre leyes, que al otro pasan desapercibidas; es decir, al que discurre con más acierto.

Pero decimos que el hecho de tener que discurrir, de necesitar

raciocinar, indica escasa inteligencia. En efecto; discurrir o razonar es ir de una idea a otra, relacionar una cosa con otra, ya directamente, ya por el intermedio de otra tercera; en el primer caso, al raciocinio le llamamos inmediato; en el segundo, mediato.

Ahora bien; la mayor parte de las verdades que adquirimos, lo son por derivación de unas respecto de otras; no por intuición primaria e inmediata de las mismas. No solo esto, sino que en la mayoría de nuestras comparaciones tenemos necesidad de apelar a un tercer término, porque nuestra inteligencia es tan obtusa, que comparando una cosa con otra, no halla la analogía o la diferencia entre ambas sino valiéndose de ciertos rodeos. Así, por ejemplo, si todos los razonamientos consistieran en averiguar si una ciudad es más grande que una casa, no hay duda que, comparando las dos, inmediatamente deduciríamos la mayor capacidad de la ciudad. Pero que nos digan cuántas líneas tiene una página, cuántos hombres hay en una reunión, y ya habrá que hacer varias comparaciones: ver las veces que la línea está contenida en la página, o las veces que la unidad hombre está contenida en la totalidad de la reunión. Aún es mayor la complicación si tratamos de averiguar, por ejemplo, si una operación de multiplicar o de dividir está bien hecha; y sube más y más la dificultad cuando se necesita la aplicación de diversos procedimientos, y una serie de observaciones y pruebas eslabonadas, como para probar la circulación de la sangre o el movimiento de la tierra.

Todo esto sucede porque adquirimos el conocimiento por discurso, no por intuición, y por discurso mediato, en que entran términos múltiples, no por raciocinio inmediato, en que solamente se comparan dos ideas para deducir la analogía o la diferencia entre sí. Pues bien; si nuestra inteligencia procediese por intuición o percepción directa, inmediatamente de atender a una cosa percibiríamos la verdad que contiene; y no significa esto que comprendiéramos toda la verdad, sino que, así como inmediatamente de atender al sol vemos su luz, sin que por esto abarquemos toda la luz, podría suceder que instantáneamente de fijarnos en un asunto cualquiera, descubriésemos parte de la verdad, sin que por esto notásemos muchas de las infinitas propiedades que en dicho objeto existiesen.

CAPÍTULO XIII

La sensación y la idea

No hay una idea en la mente, ni un hecho en la Naturaleza, de que el hombre no haya dudado, sobre cuya realidad no haya cuestionado poco o mucho, dejándose, en ocasiones, llevar del más desesperante escepticismo y mirando a través del prisma de la incertidumbre cuanto ha sido objeto de su pensamiento. La existencia de Dios, del alma, del mundo, ha sido puesta en tela de juicio, y aún por algunos lo es todavía; y ciertamente que al ver la multitud de opiniones, el ánimo no puede menos de preocuparse y preguntar: ¿dónde está la verdad? Si la certidumbre existiera, si la seguridad del conocimiento hubiese, ¿por qué esa variedad de pareceres, origen de infinidad de disputas?

¿El mundo externo existe tal como lo percibimos, o depende su percepción de las condiciones de nuestros sentidos, que variando harían cambiar también las cualidades que a los cuerpos atribuimos? Désenos un oído mejor conformado, y el estampido y el choque de los cuerpos nos parecerán, en vez de ruidos instantáneos, sonidos continuos y perfectamente distintos, y nunca el silencio existirá para nosotros. Tuviéramos un ojo más perfecto, y no habría oscuridad, ni color negro o ausencia de color, y percibiríamos mil pabellones de tintas desconocidas, con multitud de cambiantes de luz. Que nuestros músculos, nervios, epidermis, etc., fuesen más delicados, y la cera nos parecería como hoy el hierro, y el aire como la cera, y las sensaciones de dureza y blandura, suavidad y aspereza, calor o frío, etc., que las juzgamos por comparación con el estado de nuestro organismo, estarían completamente cambiadas. Cambiada la sensación, varía la imagen, concepto o noción que la mente se forma. Y como el hombre, mientras cuerpo tenga, no puede pensar del mundo externo sin estos datos que el mundo le ofrece y los sentidos modifican, de aquí que la

inteligencia siempre está condicionada a la esfera de realidad que siente o percibe y al modo como la ve y toca. Por consiguiente, las propiedades que a los cuerpos asignamos resultan de nuestra relación y comparación con los cuerpos mismos, siendo variables, cuando los medios de percepción varían. Por eso, más allá de las percepciones que del mundo material tenemos, existe una infinita realidad desconocida, un infinito número de propiedades incógnitas aún, pero no incognoscibles, que sucesivamente el hombre irá conociendo según vayan perfeccionándose sus sentidos y medios de percepción.

Resumen de lo dicho es: que siendo el conocimiento una relación entre un sujeto pensante y un objeto cognoscible, cuando este objeto llega a la inteligencia por el intermedio de los sentidos, que lo modifican siempre, el sujeto o ser que piensa no puede tener certeza de que el objeto que conoce sea tal como lo conoce. Luego del mundo y sus múltiples fenómenos, el hombre solamente puede tener un conocimiento relativo a la esfera de su estado, nunca conocimiento absoluto ni perfecto.

Pasemos de la esfera del mundo externo a la de nuestro Yo, a lo más íntimo que en nosotros existe. ¿Es el Yo una serie continua de sensaciones e ideas producidas por corrientes nerviosas que se chocan, cruzan y anastomosan, efecto a su vez de impresiones recibidas, o es un ser subsistente en medio de sus mutaciones, no resumen de propiedades, actos y fenómenos, sino, a la inversa *ens* de cuya realidad se derivan esas mismas propiedades y fenómenos como un efecto de su causa?

Lo primero afirma la escuela positivista y materialista de todos tiempos, pues que siendo, según ella, el pensamiento y demás fenómenos psíquicos, fuerzas que de la materia proceden cuando determinadas condiciones adquiere, renovándose ésta constantemente renuévanse sus efectos, y la sucesividad de estados materiales engendra la sucesión de pensamientos, y el desarrollo corporal, el desenvolvimiento del espíritu, y la salud del cuerpo, la lozanía de la inteligencia; y la enfermedad y atrofia de uno o varios órganos cerebrales, la enfermedad y suspensión de facultades determinadas (pérdida de la memoria, de la facultad de hablar, etc., demencia, idiotismo y locura); y la vejez del cuerpo, la declinación de la fuerza pensante; y la destrucción del organismo, la desaparición de esa fuerza como resultante del mismo. Por consiguiente, para los que así opinan,

la idea de Dios y la del alma inmortal no pasan de ser conceptos puramente subjetivos, sin otra realidad que la que nuestra mente les da y que desaparecerán cuando desaparezca la última corriente nerviosa que las engendró.

Lo segundo han sostenido siempre las diferentes escuelas espiritualistas que se han disputado el dominio del pensamiento y el dominio de las conciencias en los diferentes siglos.

¿Y qué pruebas han dado de que existe ese Yo, denominado alma o espíritu, como ser que piensa, siente y quiere, invariable en medio de sus cambios? En primer lugar, la memoria que supone la continuidad del mismo ser que reproduce sus conocimientos, y en segundo lugar, la libertad de las determinaciones en el ser consciente contra el curso fatal y necesario de los fenómenos de la Naturaleza.

Pero no es esto bastante. Si bien los positivistas no han conseguido explicar de manera satisfactoria la memoria por el simple movimiento atómico-cerebral, por la excitabilidad de los órganos que les hace aptos para recibir impresiones análogas y reproducir las ya sufridas, ni aún haciendo intervenir para la asociación de las ideas la llamada química mental, y los deterministas no han logrado inclinar de su parte la balanza para hacer suprimir del vocabulario científico las palabras «voluntad» y «libre albedrío», asimilando los actos conscientes a los inconscientes, siendo la resultante de las fuerzas que solicitan y motivan la acción; es lo cierto que basta que estas cuestiones se controvertan, y se susciten dudas y negaciones, fundándose en las razones o datos que al parecer les prestan determinadas ramas de los conocimientos humanos (fisiología, física, química, etc.), para que se comprenda que la verdad plena y evidente, que la certeza palmaria y completa de la Psiquis no ha sido mostrada por las diversas escuelas más que por el simple raciocinio.

De ahí la necesidad de apelar al método experimental.

CAPÍTULO XIV

La energía y el hábito

Hay en nosotros, como fuera de nosotros, multitud de fuerzas que nos son desconocidas, y otras que, poco a poco, nos van revelando sus misterios. Desde hace muchísimos siglos ha existido el ámbar, y este cuerpo, frotado, siempre ha tenido la propiedad de atraer los cuerpecillos ligeros; pero sólo al cabo de mucho tiempo se le ocurrió reparar en esta propiedad al filósofo Thales de Mileto. Y de igual suerte que el ámbar, otros cuerpos tienen también esta propiedad, que hasta hace muy poco no ha sido observada en ellos. Esta fuerza que hemos convenido en llamar electricidad, y que, ya de un modo, ya de otro, existe en todos los cuerpos, no ha sido reconocida como tal hasta tiempos bien recientes, sin embargo de producir sus fenómenos con arreglo a leyes determinadas.

Esto que decimos de la electricidad, pudiera decirse de otras muchas cosas y fenómenos que no han sido apreciados hasta el día. Una de estas fuerzas, casi desconocidas para nosotros en su valor, porque ni hemos reparado bien en sus efectos, ni hemos sistematizado sus hechos, ni explicado sus causas, es la voluntad humana.

La antigua Psicología reconocía en el hombre tres potencias o facultades: memoria, entendimiento y voluntad; pero poco, muy poco, se ha hablado de la última. La mayor parte de los filósofos han dedicado sus fuerzas a investigar las leyes por las cuales se rige la inteligencia. Sin embargo, en nuestros días Stuart Mill, Bain, Ribot y otros han reconocido la altísima importancia del estudio de la voluntad, fundando la llamada *Etología*, o ciencia del carácter. Con todo, a pesar de ser la voluntad una fuerza poderosa, la más potente de que el hombre dispone, sus efectos han pasado casi desapercibidos, y su estudio está todavía en mantillas.

La voluntad, a poco que nos fijemos, vemos que no es la misma en intensidad y desarrollo en todos los individuos, como no es la misma la inteligencia, ni las demás facultades de que disponemos. Manifiéstase en unos individuos lánguida y perezosa, con poca energía para obrar, mientras en otros es enérgica y poderosa. En unos es intermitente, aunque fuerte, cesando pronto sus efectos, pero obrando con gran energía cuando se manifiesta, como un resorte que se desarrolla y que al momento deja de funcionar. Manifiéstase en otros perseverante, pero con suavidad, con dulzura; de manera que, ni por el tiempo en que verifica sus actos, ni por la intensidad con que los ejecuta, hay igualdad; y hasta en el mismo individuo se observan a menudo cambios, producidos unas veces por acontecimientos importantes o inesperados de su vida (enfermedades, disgustos graves, pérdidas de fortuna, etc.), originados otras veces por el trabajo y la labor sucesiva de su existencia. Así las expresiones de perezoso y trabajador, hombre débil y hombre enérgico, hombre perseverante y hombre inconstante, indican la característica en el modo de manifestarse la voluntad.

La voluntad, obrando en un momento dado, produce actos de arrojo, de valor y de heroísmo que nos asombran; o por el contrario, actos de miedo y cobardía originados por una emoción de espanto y de terror. Indudablemente que muchos héroes que en un momento de peligro se han abalanzado sobre sus enemigos para encontrar honrosa muerte, puede decirse que no han obrado en virtud de madura reflexión, sino que la mayor parte han ejecutado esos actos de arrojo obedeciendo a un impulso momentáneo, más o menos inconsciente; y quizá de haber durado más tiempo, hubiera venido el arrepentimiento a amenguar en mucho el mérito alcanzado.

Pero, si la voluntad, obrando en un sólo impulso, ha engendrado rasgos que nos maravillan y nos hacen ver hasta dónde puede llegar su alcance, la voluntad reflexiva y persistente nos asombra más, porque a ella se debe la mayor parte de las mejoras y perfeccionamientos obtenidos por la humanidad.

En efecto; por poderoso que sea un momento de pensamiento genial, se necesita realizar aquello que en el calor de la imaginación se prevé, y el trabajo es el encargado únicamente de hacer real y efectivo lo que el pensamiento concibió. Para esto es preciso el manejo del material sensible, dominar lo que hoy se llaman las impurezas de la

realidad, lo cual sólo se consigue por el hábito, por el ejercicio continuado. El hábito produce una mayor aptitud para vencer cada vez mejor las dificultades, y es completamente necesario para toda obra que haya de encarnar en la realidad, necesitando antes vencer los obstáculos del orden material. Así el pianista, por talento y disposición que tenga, se verá imposibilitado para ejecutar una pieza si no tiene el estudio y manejo anterior que le es necesario. El pintor, de igual suerte, por mucho que sea su genio, no podrá pintar, por ejemplo, un buen paisaje, si cierto conocimiento del dibujo, y hábito anteriormente adquirido, no le facilitan el trabajo. El orador, del mismo modo, independientemente de sus dotes intelectuales, tendrá más o menos facilidad para expresarse, según la práctica adquirida. Por consiguiente, el hábito es completamente necesario, y no se consigue sin el trabajo continuado.

De todo esto se deduce una gran enseñanza; y es que la facultad más importante, y que es conveniente cultivar con más esmero, es la voluntad. Apenas si sabe uno querer, y es tan importante saber querer, que de ello depende el poder realizar la mayor parte de las cosas que uno anhela y se propone.

La voluntad determina e impulsa los actos más trascendentales, y también los más insignificantes de la vida, y según la mayor o menor energía con que procedemos a su ejecución, así los realizamos con mayor o menor facilidad. Esta energía interna que desplegamos, hace que sintamos menos los obstáculos interiores. En cambio, cuando obramos con laxitud, sentimos más vivamente toda clase de dificultades.

La historia nos muestra ejemplos múltiples de lo mucho que ha podido la voluntad humana. Meyerbeer, trabajando quince horas al día para escribir los *Hugonotes*; Bernardo de Palisy, empleando más de veinte años de continua labor hasta descubrir el esmalte de la porcelana; Guttenberg trabajando más de diez años para fabricar la primera máquina de imprimir; Stephenson, empleando otros diez años de continuo trabajo antes de conseguir ver rodar la primera locomotora; Newton, *pensando siempre*, como él decía, para descubrir el misterio de la gravitación universal; éstos, y otros muchos casos que pudieran añadirse, son prueba de lo que decimos, de que a la voluntad reflexiva y persistente debe la humanidad sus mayores triunfos y progresos.

La voluntad, aún persiguiendo objetos completamente irrealizables, por ejemplo, la utopía del movimiento continuo, no es del todo infructuosa. No se pierde en el vacío el esfuerzo empleado. Pues por una parte, en la esfera subjetiva se produce un hábito de trabajo que facilita en gran manera el ejercicio de nuestra actividad, cuando la dedicamos luego a empresas mejores; y por otra parte, en la esfera objetiva se obtienen a veces ventajas y utilidades no previstas, como el invento del telar mecánico, que ha salido precisamente de esa utopía del movimiento continuo.

Extraviada la voluntad, movida por impulso de odio y de venganza, ofrece también ejemplos de su gran fuerza y actividad. Aníbal, Almanzor, Napoleón, todos los grandes guerreros y tiranos nos prueban hasta dónde puede llegar una voluntad pervertida.

En cambio la voluntad, inspirada en el amor hacia nuestros semejantes, nos ofrece el ejemplo de multitud de mártires que sacrifican su vida con la mayor tranquilidad, dando gracias al cielo por haberles dispensado tan alto honor. Los héroes que han dado su vida en holocausto de una idea generosa, todos ellos movidos por un inmenso amor, impulsados por nobilísimos sentimientos, han consagrado una voluntad enérgica y decidida al servicio de tan justas causas. Por eso, mostrándose generosos en medio del egoísmo social, han aparecido a veces como extraños a la vida de su época, y han sido rechazados y señalados con el dedo por la imposibilidad de ser comprendido su caluroso entusiasmo por corazones egoístas, yertos y petrificados por el positivismo utilitario.

De todo ello se deduce que querer, querer mucho y querer bien, es el medio para vencer multitud de obstáculos, que de otro modo nos parecen imposibles de salvar.

El estudio de la voluntad, o mejor el desarrollo de la voluntad, está sometido a ley. Y así como la Lógica al indicarnos las leyes que rigen la inteligencia en su desarrollo, puede prestarnos un gran servicio, la Etología al marcar las leyes que debe seguir la voluntad en su desenvolvimiento, ha de ser como otra Lógica, la Lógica de la voluntad, cuyas consecuencias son en extremo importantes. Quizá por ahora, esas leyes habrán de tener un carácter empírico como inducidas de la observación de los hechos, pero servirán de dato y motivo para que en el porvenir se analicen mejor, y se establezcan mejor sus

fundamentos: de algo valdrá el poner las primeras piedras del edificio.

De material podrá servir el estudio biográfico, hasta donde sea posible, de todos esos individuos que han descollado en este ejercicio de la voluntad, debiendo ver la manera como vencieron los obstáculos tanto internos como externos, procurando imitarles siguiendo la ley de lo fácil a lo más difícil.

Esta ley es también el camino que ha de seguir la voluntad. La voluntad supone esfuerzo, y el caso es *medir el esfuerzo por el obstáculo vencido*, o *mejor medir el obstáculo por el esfuerzo que hay que emplear*.

También hay otra ley: como la voluntad se determina en virtud del impulso de la conciencia, para que no se determine en sentido inconveniente, hay que empezar por matar ese impulso, hay que matar el deseo cuando este es contraproducente.

CAPÍTULO XV

El trabajo

La cuestión de la energía tiene íntima relación con la del trabajo.

La actividad o el trabajo es una ley de la naturaleza: No hay nada que no sea activo, no hay nada que no trabaje. Pero entendemos ordinariamente por trabajo el esfuerzo, lo que causa molestia, lo que cuesta fatiga, lo que supone actividad forzada, y en este sentido es el trabajo realizado con una intensidad mayor o menor, según el efecto producido, equivalente al mayor esfuerzo del sujeto o ser que lo verifica. Y quizá, quizá los que más se esfuerzan, puede que sea porque menos facilidad tienen para conseguir el efecto apetecido, en cuyo caso resultaría que, a mayor esfuerzo, menos cantidad de trabajo; pero tratándose de un mismo ser, no cabe duda que a mayor esfuerzo, mayor actividad y mayor efecto producido.

Descartando el trabajo o la actividad elaborada por todos los seres de una manera inconsciente, nos fijaremos en el trabajo que el hombre realiza. Este es de varias clases, según el objeto a que se dirige, y según la forma o el medio ideado para realizarlo. Si atendemos al objeto al cual encaminamos nuestros esfuerzos, el trabajo puede ser físico o mental; por la forma, el trabajo puede ser mecánico e inteligente, material o moral, lo mismo que sea individual, que sea colectivo.

Prescindiendo del objeto que verificamos durante nuestro trabajo, tenemos como principal división el trabajo físico y el trabajo intelectual. Realmente no hay esa separación; todo trabajo es la aplicación de nuestras facultades, todo nuestro ser, toma parte; pero pudiendo haber más o menos intensidad o grado de intervención,

resulta que puede ser más o menos mecánico, más o menos inteligente.

Concepto muy erróneo es el tenido vulgarmente acerca de la virtualidad y eficacia del trabajo, creyendo muchos que solo el trabajo del obrero, que solo el trabajo mecánico es el que verdaderamente debe llevar este nombre. Por el contrario, el trabajo, cuanto más intelectual, es más poderoso; produce mejores efectos, y por consiguiente, a lo que debe aspirar el hombre es a que todo su trabajo sea lo más intelectual posible, haciendo, como decía Aristóteles, que el huso y la lanzadera trabajen solos.

Todo trabajo es psicofísico, del espíritu y cuerpo, si bien prepondera uno u otro elemento. Hoy, por desgracia, la mayoría de la humanidad emplea todavía un trabajo casi mecánico. De ahí las crisis frecuentes: reducido el hombre a trabajar como una máquina, otra máquina mejor le puede sustituir; lo que no tiene sustitución es la inteligencia.

Supongamos un estado de la humanidad más perfecto. Supongamos que la mayor parte de los obreros que hoy se emplean en extraer el carbón de las minas, en el laboreo de las tierras y en las primeras industrias, se dedican a cultivar las ciencias y las artes, y que, atendidas las primeras necesidades de la vida física, el hombre tiene mucho más tiempo disponible para poder satisfacer las necesidades morales, y tendremos entonces una civilización tan poderosa y tan diferente de la actual, que no nos es posible por el pronto imaginar.

Además, hay que atender, no tan solo al trabajo individual, sino al trabajo colectivo; porque la asociación multiplica las fuerzas, y si la ciencia consiguiera dominar las primeras necesidades del hombre, las facultades de éste se aplicarían a dar solución a otras necesidades del orden moral, alimentando su espíritu con la verdad, y su corazón y su fantasía con la belleza.

Si el trabajo, pues, es ley de todo ser de la cual ninguno se puede eludir, el trabajo inteligente y que al bien se dirige, es el que más hace progresar y merecer. Tan sólo el holgazán, más aún que el malvado, puede poner en duda la eficacia del trabajo. Es, se puede decir, la primera ley que rige el cosmos; pues toda actividad es trabajo, es decir, fuerza que se contrarresta con otras fuerzas, movimiento que

choca, se opone y vence a otros movimientos. Pero el trabajo, cuando es consciente y persistente, es cuando merece tal nombre. La inconstancia revela un espíritu débil, pequeño, fugaz en sus pensamientos y en sus obras, poco progresivo. La constancia y energía revelan la madurez de un espíritu ya avezado a la fatiga. De aquel que perseverare más, será el mayor galardón, nunca tan sólo del que mejor baya pensado; pues el simple pensamiento o intención puede muy bien no pasar de una idea fugaz, sin fecundidad para la vida real.

Trabajemos, pues, en todo momento, pero con orden, con método, y con perseverancia, sin violencia y sin fatiga, y jamás debemos desconfiar del éxito aún cuando nos resulte fallido nuestro cálculo en el resultado que pensábamos, porque redundará siempre en beneficios que no habíamos sospechado.

No hay acto insignificante ni pequeño, y no hay esfuerzo inútil. Procuremos que todos sean para el bien, y no nos cuidemos de sus alcances; que si una chispa es bastante para inflamar una gran cantidad de pólvora y hacer volar una fortaleza, una acción es bastante para poner en conmoción todas las fibras del espíritu.

CAPÍTULO XVI

El Positivismo, como verdadero Idealismo

Cansados estamos de oír continuamente: «Nada de filosofías, nada de hipótesis sin realidad: todas ellas son idealismos del pensamiento; fantasías de la imaginación que pretende hacer valer las abstracciones metafísicas, tales como Dios y el alma. Lo que hace falta son hechos, no abstracciones, hombres prácticos y no soñadores filósofos que emplean el tiempo en investigar la esencia de las cosas. Pues que hemos de vivir aquí abajo, no nos preocupemos de lo que hay allá arriba; ya que la Naturaleza nos ha colocado en este mundo material, conduzcámonos como seres materiales, procurando alcanzar el mayor bienestar posible, sin hacer caso de otros bienes extra-terrenales, que maldito para lo que sirven en la vida.»

Estas son, poco más o menos, las palabras que se repiten en todas partes y lo peor del caso no es que se digan, sino que constituyen el criterio moral de muchas gentes. Para éstas hay dos clases de hombres: teóricos y prácticos. Los primeros, idealistas, soñadores, que pierden inútilmente el tiempo dejando vagar la imaginación sobre cosas muy bonitas, pero que no existen. Los segundos, verdaderos hombres prácticos, se dedican a emplear su tiempo en algo positivo que satisfaga las necesidades más o menos perentorias de nuestra existencia, lo mismo para alimentar y vestir el cuerpo, que para dotarle de toda clase de *confort* y comodidades.

Y este criterio se aplica también a la esfera del arte, y se proscribiera todo lo que sea ideal, reduciendo su objeto y finalidad a ser mera imitación de la Naturaleza. No es esto lo peor, sino que entendido por algunos espíritus estrechos que en la Naturaleza solo el mal tiene realidad, y el bien únicamente por excepción, pretenden que la verdadera realidad es la expresión de lo más grosero y bajo que el

hombre produce en la vida. Así en la novela, en el drama o en el cuadro no dan a conocer el heroísmo, la abnegación y el sacrificio, ni siquiera la virtud del que se esfuerza por ayudar a sus semejantes; nos representan los tipos de la sensualidad y embrutecimiento más atroz, no entremezclados con otros buenos, tal como en la vida los distinguimos, antes bien, barajados con los que expresan el egoísmo más frío, la avaricia más sórdida y la abyección más repugnante.

Urge oponerse a esta corriente avasalladora de positivismo que nos rodea, y que se refleja en todas las múltiples manifestaciones de la actividad.

Con efecto, no hay más que fijarnos en ese egoísmo desconsolador, en esa lucha del más fuerte contra el más débil, en las ficciones y engaños que emplea la diplomacia, para ver cómo, a pesar de todos los sofismas, el móvil de sus actos es siempre la ambición, y con esta mira se pactan tratados, se celebran alianzas y se despoja a pueblos enteros de su independencia.

En la filosofía se desprecia todo lo más noble y elevado: Dios, el alma, la virtud, el progreso, no tienen para estos pseudo-positivistas otra realidad que la que les presta nuestra acalorada fantasía, y así que descansen nuestros huesos, en cuanto nuestro cerebro deje de estar caldeado por el fuego de la sangre, ya no habrá pensamientos, ni afecciones, ni nada; dejaremos de ser para formar parte de una planta o de una flor.

No nos desanime nada de esto. Antes bien, con los mayores bríos, procuremos oponernos a esta filosofía de transición, cuyo criterio consiste en negar la existencia de la filosofía. A este idealismo al revés, que sólo quiere ver de la realidad el lado bajo y grosero de las cosas. A este positivismo de lo actual, de lo que se palpa, como si el hecho, lo del momento, lo que en un punto o en un pueblo puede constituir la norma de sus actos pudiera erigirse como criterio de verdad, como ideal humano a través de todos los tiempos y de todos los siglos.

Con este mismo criterio el cristianismo nunca hubiera triunfado, porque lo positivo en el mundo romano era la sensualidad más espantosa: un pueblo envilecido y una corte de magnates más envilecida aún. Pero la opinión de unos cuantos pudo más que el resto

de los demás; porque en su apoyo contaban con la razón y la justicia. Cuando alguna creencia vacila, se duda de todo, como cuando una desgracia nos apena nos consideramos los más desgraciados; pero pasada la impresión, se justiprecia mejor. Del mismo modo debemos pensar que no debe ser el llamado *Positivismo* el ideal que informe la Filosofía, ni que se deba aplicar a la vida.

Tiene esta Escuela por único criterio y fuente de conocimiento la observación sensible, y como regla o principio general para hallar sus leyes la inducción que en esta misma observación se apoya; de manera que todo lo que trasciende o supera a dicha observación sensible, se niega, se relega a la esfera de lo indiscernible, que dice Hartmann, o de lo incognoscible, que dice Spencer, como imposible de percibirse; y, por tanto, imposible de ser comprendido.

Dícese por esto que el Positivismo es un Idealismo al revés.

El idealismo lo mismo de Platón que de Hegel, los más exaltados, ha menospreciado la experiencia, el dato sensible, y ha querido explicar la realidad, sin atenerse a lo que la realidad muestra. Platón desprecia todo conocimiento que no sea el filosófico, es decir el que tenga carácter de permanencia, y para él las cosas que pasan y cambian no tienen importancia, y Hegel describe las infinitas evoluciones de la idea que la identifica con el ser diciendo que consiste en el mudar continuo, no ateniéndose a lo que la realidad nos muestra en las transformaciones de todos los seres, sino queriendo explicar dichas transformaciones por leyes subjetivas, que le han hecho famoso con sus tricotomías o sus tesis, antítesis y síntesis. De esta suerte llegó a decir que las cosas se diferencian precisamente porque son semejantes.

Ahora bien, el Positivismo niega el pensamiento racional, el conocimiento con carácter universal infinito, y para él no existen más que generalizaciones más o menos empíricas cuya base y fundamento es siempre la experiencia. De manera que así como Platón despreciaba el saber que tenía carácter mudable, el Positivismo desprecia el conocimiento que tiene el carácter permanente, y esto es un verdadero idealismo porque es también apreciación errónea: en el hombre por ejemplo el Positivismo no reconoce nada permanente; de manera que no hay la identidad del ser; no ve en él más que moléculas que sucesivamente se cambian, y esto es tan falso como el extremo

contrario, pues tan erróneo es negar que nuestro ser permanece el mismo en medio de sus cambios, como negar estos mismos cambios.

En lo que decimos espíritu, no ve el Positivismo más que una sucesión de estados, nunca un ser que produzca estos estados. En el universo no admite más que antecedentes y consecuentes, jamás causas y efectos, de manera que no hay inteligencia directora y ordenatriz. Y en la ciencia en general no ve nada más que un medio para extender nuestras percepciones, nunca un conocimiento seguro y racional por fundamentarse en la naturaleza de las cosas, puesto que esta naturaleza es negada o reducida a unos cuantos fenómenos que la observación nos muestra.

De manera, que como niega el dato permanente, ya en los seres, ya en el conocimiento, es un idealismo al revés del idealismo que niega el dato sensible; y por aquello de que los extremos se tocan, del Idealismo hegeliano en lo que se ha llamado la izquierda ha nacido el moderno Positivismo.

Ahora bien, cuando en todas partes existía la esclavitud, ¿en qué inducción se apoyó todo pensador que la combatió? En ninguna inducción empírica. El fundamento fue, sin duda, un principio racional. Y aunque por todas partes la hubiera, bastaba tener idea de la libertad humana y del deber universal, para comprender la injusticia de esta institución. ¿En qué experiencia sensible hubo de apoyarse Pitágoras para afirmar el movimiento de la tierra, y lo mismo todos aquellos que presintieron la habitabilidad de los planetas, sin más medios de investigación que los sentidos, cuando les faltaban los datos de su magnitud, peso, distancia, movimiento y condiciones fisicoquímicas de su atmósfera y de su suelo? Sin embargo, pensadores de todas épocas afirmaron resueltamente la pluralidad de mundos habitados. Del mismo modo, cuantos han pretendido oponer *lo que debe ser* a lo que es, no se han basado en hechos, sino precisamente para combatirlos: prueba evidente de que hay en nuestra naturaleza humana algo más que el conocimiento que se adquiere por los sentidos; que hay un conocimiento racional que supera al alcance de la experiencia, conocimiento racional que existe y se desarrolla, aunque la observación parezca coartarlo a veces.

La razón, pues, es la facultad que ha de conocer lo que tiene carácter de universal, y no negar, ni mucho menos contradecir, la

esfera de la experiencia: existe como una fuente distinta de conocimiento. De esta suerte, si a ningún ciego podemos dar a conocer lo que es la luz, y en general a nadie podemos explicar en qué consiste una sensación mientras no la experimente, nadie tampoco por muchas que tenga, podrá explicarnos las causas de estas sensaciones, como no tenga en su inteligencia esta idea de causa que aplica a *todos los efectos*.

El Positivismo, por tanto, es una escuela incompleta: limita la realidad y las fuentes del conocimiento, y en sus exageraciones es un verdadero Idealismo al revés, pues que sin percibir el átomo, como el elemento químico, ni la fuerza, ni el éter, ni la célula, formula sin embargo conclusiones que sólo se basan en meras inducciones, después de proscribir todo conocimiento que no se comprueba en la observación sensible.

Esta tendencia pasará, estas exageraciones tendrán su término, y entonces podremos descartar los grandes bienes que al examen positivo debemos. Entre tanto, reconozcamos que el conocimiento, cualquiera que sea, es un compuesto de la presencia de los objetos ante la inteligencia, y de la atención que por nuestra parte ponemos. Por consiguiente, en la observación sensible sin el objeto exterior presente a nosotros, es imposible el conocimiento. En este sentido, todo cuanto se refiere a la esfera de los hechos y del conocimiento fenomenal, ha de ser perfectible para el individuo y para la humanidad. Pero la realidad infinita, como la realidad sensible, también es presente a nuestra inteligencia, puesto que la comprende; sin embargo de tener carácter limitado, finito y concreto. Por consiguiente, si es legítima la experiencia como fuente de conocimiento de lo individual, justa y legítima es la razón como fuente de conocimiento de lo absoluto.

CAPÍTULO XVII

El nuevo Hipnotismo

Apenas empezaron a estudiarse los hechos del sonambulismo magnético, se vio la imposibilidad de que fuesen explicados de un modo racional por los conocimientos fisiológicos de la ciencia actual, principalmente los fenómenos que desde antiguo se llamaron de transmisión de pensamiento, transposición de sentidos y doble vista; pues sin admitir la existencia real y positiva del espíritu con facultades propias y distintas de las fuerzas orgánicas, era imposible dar un paso en su explicación, pues todos los descubrimientos verificados y todas las hipótesis admitidas para explicar la visión ocular, por ejemplo, son insuficientes para demostrarnos cómo un sonámbulo con los ojos cerrados ve a distancia, y a través de paredes y obstáculos materiales, lo que otro individuo, y él mismo, despierto es impotente para percibir.

Pero los *soi-disant*⁷ hombres de ciencia, que son a veces tan fanáticos por sus sistemas y teorías como cualquiera otra clase de sectarios, antes que admitir los hechos y abordar de frente las dificultades de su interpretación, han pretendido escapar por la tangente, negando algunos y admitiendo otros. Y queriendo acomodar la realidad a sus ideas, no sus ideas a la realidad, han descartado de los fenómenos del magnetismo, todo aquello que sería absurdo explicarlo por sus teorías, admitiendo solamente lo que, a su juicio, en nada se opone a estas.

Así han negado en redondo la existencia del fluido magnético, cambiando el nombre de magnetismo animal por el de *hipnotismo*, abreviación de neuro-hipnotismo (sueño nervioso provocado). Braid

⁷ Nota de SEDE: soi-disant, del francés: supuestos.

de Manchester, fue el primero que en 1841 le dio este nombre, y desde entonces ha sido empleado por la mayor parte de los que a este asunto se han dedicado, entre ellos Liébault, Beannis, Cullérre, Ladame, Bottey, Liegedis, Bernheim y otros que, si hablan de magnetismo, es para dar a entender que no existe tal, que no hay más que hipnotismo.

La palabra hipnotismo nos indica ya qué clase de fenómenos son los admitidos como ciertos. Según Liébault, el sueño ordinario no difiere en el fondo del sueño magnético; el uno como el otro, es debido a la inmovilización de la atención y de la fuerza nerviosa sobre la idea de dormir. El hipnotizado se duerme con la idea fija en relación con el que le ha dormido; de aquí la posibilidad de sugerirle sueños, ideas y actos extraños a su voluntad. El olvido al despertar depende de que toda la fuerza nerviosa acumulada en el cerebro durante el sueño se difunde de nuevo por todo el organismo. De aquí concluye Bernheim⁸ que en los fenómenos de hipnotismo no hay más que pura sugestión.

«Nosotros, dice (pág. 130), hemos consignado que los fenómenos determinados en el estado hipnótico y en el de vigilia no son debidos a un fluido magnético, a una emanación cualquiera que vaya de un organismo a otro, sino que todo procede de la sugestión, es decir, de la influencia provocada por una idea sugerida y aceptada por el cerebro.»

Concuerda con esta idea la expresada por Prosper Despine⁹, que dice:

«El sonambulismo está caracterizado fisiológicamente por solo el ejercicio de la actividad automática del cerebro durante la parálisis de la actividad consciente que manifiesta el yo.» Y si queremos saber por qué el sonámbulo ignora al despertar lo que durante el sueño ha verificado, este mismo autor se encarga de decírnoslo bien pronto sin que encuentre dificultad: «El que el sonámbulo ignore lo que ha hecho durante el sonambulismo no depende del olvido, sino de la no participación del yo en sus actos.» Y claro es que, si *él* no lo ha hecho, mal lo puede recordar.

⁸ N. del autor: De la sugestión y sus aplicaciones a la terapéutica.

⁹ N. del autor: Estudio sintomatológico sobre el sonambulismo.

Ahora bien: queremos saber la causa de las alucinaciones que pueden sugerirse a los hipnotizados. Oigamos a Lélut: «La alucinación es la transformación del pensamiento en sensación.» Esto mismo explica la excitación de la sensibilidad o los fenómenos de hiperestesia. «Hay, dice Bernheim, exaltación de la excitabilidad ideosensorial, que transforma inconscientemente la idea en sensación o imagen sensitiva.»

Algo más difícil es explicar el fenómeno contrario, o sea de anestesia o pérdida de la sensibilidad, pero nuestros sabios no se paran en barras y todo lo han de dar por sabido. «Entonces, dice este mismo autor, hay una parálisis refleja de un centro cortical que la idea sugerida ha producido» Después de esto, no nos debe extrañar que diga Liébault que «entre el sueño espontáneo y el provocado no hay en el fondo ninguna diferencia.»

Pero, la verdad se abre paso y cuanto más se procura detenerla, más se evidencia la ineficacia de nuestros esfuerzos para conseguirlo. La atención a estos fenómenos con objeto de desprestigiarlos, ha dado por resultado la demostración de su realidad, y aunque se admitan solamente los que encajan en ciertas teorías, no puede haber nadie tan obcecado que diga que todo es farsa o ilusión.

Cuando pretendía haberse dicho la última palabra hablando de *sugestión* para explicar los fenómenos de hipnotismo, diciendo que la simple sugestión era la causa de los tres estados de letargo, catalepsia y sonambulismo, relegando al dominio de la fábula la existencia del fluido y de los fenómenos de doble vista, se dan a conocer las experiencias del Dr. Luys en el Hospital de la *Charité*, donde el distinguido anatómico hace ver como a una persona en estado sonambúlico se le puede producir estados análogos a la embriaguez, hidrofobia, etc., sin más que aplicar a su cuello tubos *herméticamente cerrados* que contenían unos cuantos gramos de coñac o de agua. No sólo esto, sino que a *distancia* el hachís contenido en otro tubo hacía aumentar o disminuir la voz de la persona hipnotizada cuando cantaba.

Ahora bien: la doctrina de la sugestión es insuficiente para explicar el efecto real de estas sustancias sobre el organismo, mucho más cuando no hay contacto: hay que reconocer que a través del cristal, algo emanado o irradiado por estas sustancias llega hasta el organismo y produce allí sus efectos.

No lo dudemos; a medida que las experiencias avancen, nuestros mismos contradictores nos han de dar la razón, por muchos nombres y mote que pongan a estos fenómenos resistiéndose a reconocer la realidad del espíritu¹⁰. También William Crookes, convencido materialista, nos habla de *fuera psíquica* por no hablarnos de alma. Pero no importa; el nombre no hace a la cosa; continúen los hipnotizadores haciendo investigaciones, comprueben la realidad de los fenómenos y éstos se encargarán de probarnos que el alma no es un efecto resultado del funcionamiento de ciertos órganos, sino que, a la inversa, el espíritu es el ser causa activa de sus actos, y el organismo medio, instrumento o elemento del cual se sirve para realizar sus actos, para desplegar sus facultades.

¹⁰ N. del autor: Algunos, como el Dr. Pulido, hablan ya de corrientes néuricas.

CAPÍTULO XVIII

La ley moral, como ley universal.

El bien y el mal

Todos los fenómenos variadísimos del Universo están sometidos a leyes, en virtud de las cuales se verifican. Estas leyes o reglas a las que los hechos se ajustan, no son precisamente algo exterior a las cosas mismas que se impone para su ejecución. La ley no es más que la manera especial de obrar de los seres, según su naturaleza; la norma a la cual responden los fenómenos y los actos todos.

Cuando parcialmente se observa, parece que hay oposición entre unas y otras leyes, del mismo modo que se nos presentan las fuerzas en singular combate. Lo que sucede es que unas a otras están subordinadas según su respectiva importancia. ¿Y cuál será la ley suprema, de la que partan todas las demás, y a la que estén todas sometidas? La ley moral que rige y regula todas las leyes del Universo. Las fuerzas físicas e intelectuales están a ella subordinadas, y siendo la ley moral la que representa la mayor elevación, por ella se gradúa el estado de progreso alcanzado. Los seres, pues, no se diferencian tanto por su inteligencia, como por su pureza, por la rectitud de su conciencia. El progreso moral es el verdadero progreso: el progreso intelectual es más bien un antecedente para realizar el progreso moral.

Esta ley moral, con ser permanente en todos los seres, se da en cada uno de ellos, según su adelanto, de manera diferente. No obliga lo mismo al sabio que al ignorante, al niño que al anciano, al fuerte que al débil, y sin embargo todos están sometidos a su arbitrio. Es, pues, universal, y rige a cada hombre según su posición, edad, sexo,

etc.

La ley moral siempre se cumple: jamás puede eludirse su cumplimiento, porque el bien siempre se realiza en mayor o menor escala.

Por espacio de siglos no se ha comprendido el bien y el mal sino como dos principios opuestos, llegándose a veces a dar mayor realidad al segundo. Sin embargo, el mal no existe como tal: no tiene realidad, poca, ni mucha; es como el frío o como las tinieblas: un no ser.

Mejor podríamos decir que el mal, como todas esas otras cosas, tiene solamente una existencia subjetiva: reside en la apreciación del que lo observa y así lo juzga. Del mismo modo que las tinieblas no existen sino para nuestros sentidos incapaces de ver con escasa luz, el mal tampoco existe sino para nuestra conciencia, muy imperfecta, que no acierta a ver cómo todos los actos llevan en sí *algún* germen de bien.

Para comprender, pues, qué sea el bien y el mal, hay que prescindir por completo del criterio de los sentidos y fijarnos en los datos que la sana razón pueda asignar.

Esta sana razón nos dice que, todo hecho, que todo acto libremente realizado, se hace siempre en vista de un fin, fin más o menos noble, más o menos puro, pero siempre en vista de algún bien, ya particular para el sujeto que lo verifica, ya para los demás seres. Las facultades que se ponen en juego no son por sí malas, sino por el mal uso que de ellas se puede hacer; por consiguiente no hay acto que sea en sí malo *en absoluto*.

Todo cuanto la fantasía ha podido imaginar como lo peor y más malo, encierra siempre, en virtud de ese principio anterior, algún bien. Por tanto el mal como puro mal es un mito, es el no ser, que ni aun siquiera se puede concebir.

De otro modo, teniendo realidad el mal, habría de ser lo contrario del bien, no un menos bien; del mismo modo que teniendo realidad el frío y la oscuridad, habrían de ser cualidades opuestas a lo positivo y lo real, que es el calor y la luz. Pero en aquellos términos negativos no hay más que cuestión de apreciación, ya por la

imperfección de los sentidos, ya por la imperfección de nuestra inteligencia que no alcanza a comprender cómo todos los actos son trascendentales para el bien.

Mas, no se crea que al negar la realidad del mal vamos a juzgar todos los actos como igualmente buenos, y por consiguiente, como nada reprobables, puesto que ninguno es malo. No. Todo acto tiene su sanción en conformidad con la intención que le ha producido y el efecto alcanzado, y los actos que nuestra conciencia juzga como malos es porque no están conformes con lo que debiéramos hacer, y es preciso la expiación y resarcimiento para rehabilitarnos por haberlos ejecutado. Y no tan sólo los actos que trascienden al exterior: todos los pensamientos, en cuanto estados de nuestra inteligencia, acusan mayor o menor perfección.

La sanción de los actos no es solo a plazo más o menos largo. Todo acto produce su efecto inmediatamente. El que obra mal se encuentra rebajado y ha desmerecido desde el momento en que obró. Aunque el espíritu puede recapacitar sobre una vida entera, la sanción del acto o la consecuencia del mismo ha seguido a su ejecución.

Vemos, pues, que la ley superior a la cual se subordinan los actos todos y que rige todas las demás leyes, es la ley moral.

Difícil es, a primera vista, convencernos de que el bien es la ley moral suprema. Acostumbrados a juzgar por las impresiones de los sentidos, vaciamos nuestras ideas en los estrechos moldes del mundo sensible y no damos a nuestros pensamientos otro alcance que el del limitado círculo de nuestras sensaciones. Es preciso que a cada momento la razón se encargue de rectificar los datos de nuestra percepción para dar validez a los juicios y acertar con la verdadera causa de los fenómenos.

Así, durante siglos se ha considerado a la Tierra como inmóvil en el espacio, sin más razón que la de no sentir su movimiento. Y por el contrario, se ha creído que los astros todos daban vueltas al rededor de este átomo estelar, sin más fundamento tampoco que el del dato que nuestra vista nos ofrece. Del mismo modo, se ha creído que un cuerpo al quemarse desaparecía, y ha sido preciso, para salir del error, que la química reconstruya otra vez los elementos que entraban en la combustión, y por medio de la balanza demuestre que no ha habido

pérdida ninguna de la materia que constituía el cuerpo comburente.

Así también, fijándonos en el dato sensible: ¿cómo admitir que el bien haya de reinar como soberano, cuando tanto egoísmo, tanta ambición, crimen y desgracia existen por doquier? ¿Será el amor el que impulsa al asesino a acometer a su víctima; el que mueve al ladrón para hacer el robo; el que arma el brazo del guerrero para segar en flor millares de vidas? Por el contrario, el malestar de las sociedades, las revoluciones que se suceden, las crisis económicas, las enfermedades de todo género, los atroces delitos que espantan, y, como si no fueran bastantes los males y penas individuales, las terribles epidemias y las no menos terribles guerras que llevan la destrucción y la miseria a extensos territorios; todo, al parecer, indica que no es el amor el soberano, sino el egoísmo y la barbarie los que triunfan en este singular combate de la vida.

Cierto, muy cierto, que la vida actual está llena de dolores, de quebrantos, de penalidades, y que en este mundo son más los males, en general, que los bienes; pero estos hechos no invalidan, ni menos contrarían, esa ley infinita del amor que rige a todas las demás.

Hagamos una aclaración. Si dirigimos nuestra vista sobre la superficie del globo, notamos multitud de desigualdades: montañas que suben sobre el nivel ordinario, valles y hondonadas que descienden considerablemente sobre el nivel de las más altas montañas. Por una parte el Himalaya con sus elevadas cumbres, por otra parte el Sahara con sus inmensas planicies. Y mucho más notamos estas sinuosidades que la Tierra nos presenta, si en vez de concretarnos a mirarlas las recorremos con nuestros pies. ¿Cómo negar estas diferencias en su nivel si a cada momento nos hallamos fatigados y necesitamos tomar aliento para subir cualquier pequeña cuesta? Cierto es todo esto; pero no lo es menos que nuestros juicios son por comparación, y que si comparando el nivel de la montaña con el llano, nos parece grande, comparando la montaña con la costra terrestre nos parece pequeña. ¿Qué son todas las desigualdades de la Tierra en proporción de la totalidad de la masa planetaria? Si representamos la tierra por una naranja, la costra sólida entera estará figurada por el grueso de un papel de fumar. ¿Qué representarán las desigualdades que el papel puede tener? Pues así son las sinuosidades de la Tierra en comparación de la misma.

Esto mismo ocurre en cuanto al valor que tienen los actos de nuestra existencia, pues tenemos que, como todos los actos son medios de progreso, porque al que obra mal le sirven de acicate para rehacer su obra, y al que obra bien para estimularle en la empresa comenzada, resulta que nada hay inútil; que, sin cohibir la libertad de los seres, todos los actos al fin y al cabo vienen a redundar en beneficio de los mismos; así de la duda nace el estudio; del desengaño, la experiencia; del dolor, la apreciación de lo que la salud vale; de las injusticias sociales, la necesidad de amarnos; de la guerra, el anhelo por el bienestar de la paz; de las necesidades físicas, la precisión de trabajar para vencerlas; y en último resultado, de todo lo que decimos malo, la necesidad de aumentar y perfeccionar nuestra actividad. Y como todos los seres tienden a una actividad mayor, resulta que los actos se totalizan todos, que nada se pierde, que todo sirve, así como en el mundo material nada se anula; todo, en medio de sus cambios, permanece.

Mas, al progresar todos los seres, lo han de hacer precisamente por la identificación con sus semejantes, por el amor y el bien.

La creación obedece a un acto de infinito amor y todos los seres son como un destello. Aumentando su intensidad, este destello se convierte en luz y luego en sol que vivifica infinidad de seres en la escala del progreso.

CAPÍTULO XIX

La Filosofía en su aplicación social

Es una verdad que ni la riqueza, ni los honores, ni los placeres bastan para la satisfacción de nuestro espíritu. Las formas de gobierno, los cambios políticos, y los mejores Códigos tampoco pueden *por sí solos* hacer la felicidad de los hombres.

Por espacio de muchos siglos puede haberlo creído la humanidad, y hemos visto al hombre inspirarse casi siempre en el móvil del placer para sus actos, aún cuando para ello haya tenido precisión de sacrificar la vida de sus semejantes, codiciar tesoros y riquezas, anhelar y pretender puestos en la vida social, aunque muchas veces tuviera que atropellar honras y vidas y martirizar cruelmente a sus hermanos. Y hemos visto también ensayar todos los sistemas políticos, desde el más repugnante despotismo, hasta la más exagerada demagogia y los más opuestos principios sociales, desde el comunismo nivelador hasta el individualismo más egoísta.

Por una parte el individuo aislado, por otra parte asociado a sus semejantes, formando pueblos, tribus y naciones, ha emprendido la conquista, ha deseado siempre ensanchar su territorio a expensas del que los demás ocupaban, creyendo equivocadamente que el pueblo más grande es el que más dominios posee, y el Gobierno más fuerte el que más duramente castiga; como si la extensión del territorio o la crueldad del gobernante pudieran ser nunca signos de verdadera grandeza.

¡Cuánta sangre vertida, cuánta injusticia llevada a cabo, cuántas exacciones, atropellos y tormentos por que la bandera nacional se ostentara triunfante, con razón o sin ella, en los más apartados confines del mundo! Aún hay quien, al historiar nuestra patria,

encuentra, como mérito glorioso, el de aquel imperio hispano-portugués que llegó a ser, en mucho, mayor que el romano, en cuyo territorio nunca el sol se ponía, y en que multitud de individuos pronunciaban con orgullo el nombre de español.

Sin embargo, entonces era cuando permanecían en la esclavitud millones de indios, a pesar de nuestros excelentes códigos para protegerlos; cuando sosteníamos guerras cruentas en los Países Bajos y en otros puntos, pretendiendo imponer por la fuerza de las armas nuestra política intolerante; cuando la industria estaba casi muerta, porque el oro que en gran cantidad venía de América nos hacía despreciar el trabajo. Tomando por oro puro el oropel, nos elevábamos al cielo con nuestros artistas, pero estábamos sumidos en la espantosa miseria y la más bárbara ignorancia, preparando así aquella rápida decadencia de los últimos tiempos de la casa de Austria, en que España parecía más bien comarca llena de mendigos, que nación poblada de ciudadanos.

No. Ni el individuo es feliz porque beba alguna vez en la copa del placer, ni la sociedad está bien dirigida porque se la impulse hacia el camino de una grande y rápida conquista. La felicidad reside solamente en el cumplimiento del deber. Y ni el mejor Gobierno ni la mejor Constitución son capaces de hacer felices a los pueblos en cuyo seno predomina la ignorancia y la superstición, y por consiguiente, la miseria de cuerpo y alma.

De ahí que la Ciencia filosófica no pretende regenerar la sociedad predicando un credo político y social más o menos avanzado. No cree tan importantes las formas de gobierno que en momentos dados pueden tener los pueblos, sino que mirando a la conciencia, procura reformar al hombre como individuo, porque sabe muy bien que reformado el individuo, la sociedad, que es la resultante, quedará reformada a su vez; y esas variaciones en la forma política y en la legislación, serán entonces corolarios suyos.

La misma historia nos demuestra que en vano es pedir y conceder derechos sin cumplir deberes, y que en vano es regirse en virtud de leyes muy sabias y previsoras si los encargados de aplicarlas prevarican a cada momento. En el hecho que antes hemos citado de nuestro antiguo dominio, cuando íbamos haciéndonos dueños de la mayor parte de la América del Sur, nuestros monarcas, desde Isabel la

Católica hasta Carlos II, dieron muy buenas leyes, que forman el famoso Código de Indias, pero que no se aplicaron en realidad por los encargados de cumplirlas, los cuales atendieron más a su particular interés explotando al pobre indígena, que a los sentimientos de caridad y a los deberes que la humanidad y la religión impone a todo ser. Esto mismo sucede siempre que, sin reformar las costumbres individuales, se pretenda de raíz reformar la sociedad: ningún decreto es capaz de cerrar la herida, y en cambio, no hay llaga bastante profunda que la ilustración y moralidad no logre cauterizarla.

Mas, para reformar la Sociedad, hay que cambiar antes las *ideas*, pues las ideas rigen el mundo, y éste se gobierna por *ideas*.

A primera vista parece un contrasentido en estos tiempos decir que las ideas son los guías de la sociedad, pues por todas partes se advierte el egoísmo más señalado, y este egoísmo parece ser la antítesis de un pensamiento director en la vida.

Reflexionando, sin embargo, un poco, debemos convencernos de que no hay, ni puede haber, excepción respecto de la ley general enunciada; pues este mismo egoísmo que se traduce por inmoralidad en toda clase de organismos y de actos particulares y colectivos, es un efecto, nada más, de la falta de ideal noble y levantado respecto de la vida.

Se piensa que después de ésta no hay nada; que aquí únicamente es donde los actos encuentran su sanción, y que, sabiendo sortear el mundo, consiguiendo burlar la acción de los tribunales de justicia o evitar que nos hiera el individuo por nosotros ofendido, ya estamos a salvo de todo evento y nada debemos temer por nuestra parte. Por donde vemos que se obra en este caso, como en todos los demás, conforme se piensa; y como egoístamente se juzga, con el propio egoísmo nos comportamos. Mas, como el hombre es siempre un eterno descontento, nace en él una aspiración hacia un ideal de vida mejor, más puro, más humano, más justo, donde no existan tantos exclusivismos de clase, de intereses y de ideas. De ahí esa aspiración más o menos ideal, a que muchos poetas y personas de sentimiento tienden, de llegar a un estado mejor de felicidad, donde una moral más pura cobije con su manto a todos los desheredados, víctimas hoy del infortunio y la miseria.

Zola, en un discurso dedicado a la juventud francesa, condenaba las inclinaciones al misticismo y recomendaba el trabajo y la fe en la ciencia, como único medio de llegar a la dicha. Dumas publicó a este propósito una carta en *Le Gaulois*. En ella, refiriéndose a una época próxima y mejor, decía, que «mientras mayor sea la creencia de los hombres en su predicción de que llegará infalible y próximamente la época en que, animados del amor al prójimo, modificarán por voluntad propia toda su existencia, más rápido será el advenimiento de esa época»; y quiere, anunciando la modificación de los sentimientos humanos, aproximar más ese cambio. Tolstói rechaza la teoría de Zola de convertir el trabajo en el fin de la vida, considerándolo como una necesidad. Acepta, con Dumas, el advenimiento de una época mejor por el desarrollo del amor al prójimo, y hace suyas las palabras de éste cuando dice que «los hombres, después de haber experimentado todo, acabarán, y esto muy pronto, por aplicar seriamente a la vida la ley del amor al prójimo, y serán invadidos por la locura, la rabia del amor.»

La ciencia, hoy día, participa de ese carácter egoísta que hemos dado en llamar positivo: se ocupa de datos y examina hechos para aplicar las ventajas de sus investigaciones a necesidades momentáneas, para tener mejor industria, mayor comercio, más bienestar físico. Estas son hoy sus aspiraciones: que el vapor vuele, que la electricidad trabaje, que la luz dibuje y todas las fuerzas naturales obedezcan sumisas al mandato del hombre; pero todo lo que decimos trascendente es desechado sobre manera, y sólo lo que mira al presente y tiene carácter utilitario es lo que hacemos objeto preferente de nuestras miras y cuidados.

Y sin embargo, esto indica nada más que una época de transición entre un mundo que se va y un mundo que nace y llega con nuevas aspiraciones y otros rumbos en las ideas.

Dentro de poco estarán empolvados en las bibliotecas los libros que hoy tenemos por los mejores. Las contiendas calurosas acerca del sufragio y del jurado, del sistema parlamentario o representativo, de la contribución única y directa o de la necesidad de los impuestos indirectos, y tantas otras que hoy día nos interesan y apasionan, ya en lo político, ya en lo social, no pasará mucho tiempo sin que queden relegadas al olvido, para dar plaza a otras cuestiones y otros cuidados que han de solicitar la atención de futuras inteligencias.

Cada generación busca el medio de dar solución a sus problemas; pero los de una época no son los de la siguiente. Así vamos comprendiendo que nunca, por terreno que hayamos andado, deja de haber inmenso campo por explorar en el camino indefinido del progreso.

Pero hay en lo social también sus tormentas y huracanes: hay la revolución que avienta en momentos determinados cuanto al paso del irritado pueblo se opone; hay la reacción que va mermando poco a poco las conquistas que aquella hiciera; hay guerras asoladoras que dejan tras de sí, como rastros de imborrable recuerdo, la desolación y el hambre, y hay pestes y enfermedades que causan terrible estrago y diezman la humanidad. No es preciso detenerse a pintar los cuadros que el dolor constantemente produce: quédese esto para el Arte, que en sus divinos fulgores logra hacer que nuestro espíritu se conmueva y eleve.

En presencia de tales acontecimientos, deber de la Filosofía es el dar la explicación racional de tales sucesos.

Aristóteles decía, que donde impera el amor, todas las leyes sobran; y será cosa de ver cómo el fárrago de códigos y leyes actuales son, en su mayor parte, inútiles, para una humanidad que tenga por guía el amor a sus semejantes y el amor a la verdad en todas sus manifestaciones.

CAPÍTULO XX

La fuerza de las ideas

Un distinguido escritor francés, Fouillée, ha propagado con gran afán la doctrina que llama de las *ideas-fuerzas*. Consiste en admitir como ideas todo estado de conciencia que, desde que aparece, contiene un principio motor con tendencia a realizarse. Así, la idea es el comienzo del acto; y encuentra similitud entre la fuerza de las ideas y las fuerzas físicas, por tener unas y otras algunos caracteres comunes.

Sin llevar muy adelante esta doctrina, es indudable que, así como en el mundo físico toda fuerza que no encontrase obstáculo tendería a la expansión infinita, en el mundo moral toda idea necesita luchar con otras que se oponen a su influjo. En lo físico, las fuerzas, cuanto más sutiles e incoercibles se manifiestan, más potencia desarrollan, más energía desenvuelven. En lo moral, cuanto una idea es más amplia, más generosa, más elevada, más fuerza de impulso y de resistencia tiene.

Muchos filósofos al querer sondear en lo interior del alma humana para ver qué fuerzas o facultades tenía, pusieron especial empeño en analizar las propiedades de la inteligencia creyendo que la instrucción es lo principal que al hombre interesa. Hoy día, la Filosofía ha rectificado este juicio y ha encontrado que los actos humanos obedecen más bien a deseos, impulsos y estímulos que nacen de la esfera sensible, teniendo el sentimiento un campo tan amplio en la vida como la misma inteligencia, siendo el ideal de la moderna Pedagogía, no precisamente la instrucción de las facultades intelectuales, sino la educación integral y armónica de todas las fuerzas de nuestro ser. Por donde vemos que la idea crece y se amplía, abarcando cada vez más grandes esferas, más extensos horizontes.

Cuando una idea llega a ser del dominio del espíritu persiste siempre en él. ¿Cómo se explica entonces que unos tienen buena memoria y retienen pronto y fácilmente cuanto aprendieron, mientras que otros se apuran en vano por retener unos cuantos conocimientos que trabajosamente adquirieron? Pues si el hombre no olvida, ¿cómo es que al cabo de cierto tiempo mucho de lo que aprendió, no lo recuerda? Y si en la esfera del conocimiento pasa esto, por lo que hace a los afectos sucede lo mismo, pues a menudo se varía de objeto amado y el abandono, la perfidia y el engaño empleados acusan olvido del afecto primero. Además que si existe memoria para recordar, es claro y evidente que esto es porque se puede olvidar; luego el olvido existe.

Ese olvido, sin embargo, es aparente, no real. Jamás podemos olvidar lo que una vez se ha hecho nuestro en nuestro espíritu, lo mismo en la esfera del conocimiento que en la esfera del sentimiento: cuanto el hombre ha aprendido y ha amado persiste siempre, como persiste su espíritu.

Lo que sucede es que damos por amor falacia de la imaginación y damos por conocimiento aprendizaje sin conciencia; pero, ni lo uno es verdadero sentimiento, ni lo otro es conocimiento verdadero. Cuando el niño aprende que las paralelas son dos líneas que no se encuentran por más que se prolonguen, no necesita recordar después este conocimiento, sino que le está presente en su inteligencia y sin esfuerzo alguno se le manifiesta y lo ve: no es tal conocimiento *pasado* en nuestra mente; está presente y como presente que está, lo reproduce. De esta manera, lejos de ser la memoria un simple arsenal donde almacenamos conocimientos adquiridos, es *la misma conciencia en el tiempo*, o sea, que todo lo que es consciente dura y persiste. Es la facultad que tiene el alma de retener y reproducir siempre lo que una vez su conciencia ha adquirido. Por esto empieza a notarse el desarrollo de la memoria cuando empieza a desarrollarse la conciencia, a los tres o cuatro años de edad.

Preguntemos a cualquiera qué hizo cuando tenía dos años, y no podrá responder, porque no teniendo entonces conciencia de sus actos le es imposible de recordarlos; de donde se deduce que la memoria no es otra cosa que la misma conciencia continuada en el tiempo. Esa memoria rutinaria que repite palabras sin entender el significado está enlazada de una manera más íntima con el organismo y depende más

bien de la conformación cerebral que de la facilidad del espíritu para asimilarse y retener, como lo prueba el hecho de olvidar al poco tiempo lo que así se aprendió, porque en realidad no hubo verdadero conocimiento.

En cuanto al sentimiento, el que verdaderamente ama, no puede jamás olvidar el amor que tuvo. Ni la ingratitud, ni los desengaños, ni la ausencia, ni la muerte serán bastante para borrar este recuerdo y es que, como está siempre presente en el espíritu, nunca se borra y nunca llega a desaparecer. De esta manera lo que llamamos olvido, no es tal: no es más que la *aminoración* del recuerdo de un hecho o de una idea o afecto, que, al ser consciente, se puede reproducir a nuestra voluntad.

La facultad de pensar en el hombre está siempre como las demás facultades, en continuo ejercicio, y el hombre no puede por su propia voluntad dejar de pensar.

Postulado necesario de la vida del alma es la actividad que se deriva de su misma naturaleza y *a priori* podemos decir que esta actividad se ejecuta, aunque no podamos a veces comprobarla, como *a priori* sabemos que los radios de un círculo son iguales, aunque no los hayamos medido. El alma es activa, porque es una energía que tiende a realizar siempre actos, y como esta actividad se verifica en forma de conocimiento, de sentimiento y de volición, el alma es siempre una energía o una actividad que piensa, siente y quiere.

CAPÍTULO XXI

La Causa absoluta. Unidad substancial divina

Todos los pueblos en sus distintas creencias han reconocido siempre un más allá mejor, algo superior a ellos que podía influir en sus destinos, al cual debían la vida, y del que podían temer males cuando no obedecían sus mandatos. De aquí el temor a los fenómenos naturales que cortaban el hilo de nuestra existencia: el río desbordado, el terremoto, el volcán, el viento huracanado, el mar tempestuoso, eran objeto de adoración por el pavor que les infundía. Como contraste, el campo con sus bellas praderas, el sol con su ardiente resplandor y la luna con su plácida luz, los árboles y animales que les producían beneficios, eran objeto de adoración en forma de agradecimiento. De aquí los dos dioses del bien y del mal en correspondencia con los fenómenos o seres que les producían bienes o males.

Era natural que, endiosando a los fenómenos y a las cosas naturales, se endiosara también a las personas. Y los reyes y emperadores, considerados desde luego como superiores a los demás mortales, eran representación de la misma Divinidad, como encarnaciones de la entidad que traspasaba la esfera común de los humanos. Poco a poco, a medida que la cultura fue aumentando, el concepto, ya naturalista, ya antropomórfico, de la Divinidad, fue depurado también.

Los hombres rudos y groseros habían de imaginar un Dios dotado de las mismas pasiones y de la misma ferocidad. Pero cuando la razón poco a poco se va sobreponiendo a los sentidos y comprende las cosas en su verdadera naturaleza, no tal como aparecen a primera vista, el concepto acerca de Dios se va elevando, como se ha ido elevando el concepto del mundo, del hombre y del deber, del mismo modo que los sentimientos se han ido depurando y ennobleciendo,

quitándoles mucho de lo particular, egoísta y mezquino que en ellos había.

De lo dicho se infiere que, puesto que la idea de Dios se ha ido engrandeciendo cada vez más, los principios que nuestra razón acepta han de irse también aclarando y perfeccionando, sin que nunca tengan un carácter absoluto; pues siempre la criatura distará un infinito de la Divinidad.

Por de pronto, la idea de un dios cruel y vengativo, nos parece hoy día absurda y contraria a la idea de Dios que debe ser el prototipo de la bondad y de la misericordia.

Aristóteles, por el movimiento de todas las cosas, llegaba a la existencia de un motor inmóvil, según lo cual Dios sería el primer motor inmóvil del Universo. Otros pensadores, reconociendo al mundo como efecto, han considerado a aquel como Causa primera de cuanto es, y descartando panteísmos espiritualistas y materialistas que confunden el mundo con el Ser de Dios, otros filósofos han admitido una especie de dualidad entre el mundo y su autor.

Pero estos conceptos son muy parciales e insuficientes para darnos acertada idea del Ser Supremo. La existencia de Dios como motor no explica los atributos del ser Supremo y la manera cómo obra en el Universo. Del mismo modo, la existencia de Dios como causa tan sólo, no explica tampoco basta qué punto el efecto tiene las propiedades de la causa de quien se deriva y cuáles son estas propiedades. Por último, el dualismo no explica ni puede explicar la manera cómo Dios se comunica e influye en el mundo.

Tampoco es posible admitir que la Creación sea un acto de fuerza o una necesidad del Creador. El Creador no crea por fuerza, el Creador crea por amor, y en virtud de un rasgo de amor, la Creación existe, y en virtud de una fuerza infinita de amor la Creación es, la Creación sigue y la Creación será, porque el milagro de la Creación se repite todos los días. Dios en este sentido, no ha dejado de crear.

En cuanto a la Providencia, Dios no es Providencia porque *algunas veces* interviene en el mundo, principalmente en las grandes ocasiones, cuando las naciones están en peligro, y lo verifica con intermitencia, cuando cree que lo necesitan, haciendo grandes

prodigios, como son el castigar con crueles enfermedades a los que prevaricaron, viéndose de este modo el castigo de Dios en los azotes y calamidades humanas.

Dios es eternamente Providencia, porque eternamente crea o produce y eternamente hace que las cosas se modifiquen y transformen para ir cumpliendo sus destinos. Por consiguiente, no es posible que esta providencia se agote jamás, que tanto sería como agotarse ese raudal infinito de amor divino que nos atrae hacia esferas superiores, que nos anima y nos fortalece y que hace que nuestros actos tengan solo trascendencia para el bien.

Dios es uno, el mundo es uno y el espíritu también es uno; pero Dios es uno por sí, el mundo es uno porque de Dios procede, y Dios en sus obras se manifiesta de conformidad con su única naturaleza. El mundo es uno porque es solo: dos mundos serían procedentes de dos distintos dioses; y el espíritu es uno porque es individual e individualizado subsiste.

Dios es único, pues le es imposible al hombre concebir dos Principios, dos Seres, dos manifestaciones infinitas y absolutas: Dios es, pues, un solo Dios. Dios se manifiesta además en unidad perfecta; es decir, que en sus actos, en sus manifestaciones todas, obra siempre de conformidad con su única naturaleza, sin que al hombre, que en lo finito vive, le sea posible elevarse al completo concepto de la divina naturaleza. Únicamente el ser inteligente irá conociendo de Dios cuanto de sí mismo conozca y este conocimiento aún agrandándose, como nunca en momento alguno de su vida podrá ser infinito, la naturaleza divina y su infinita, eterna y perfecta manifestación quedarán incógnitas siempre en toda su integridad al espíritu finito e imperfecto; y como este se manifiesta en sucesivos e indefinidos estados, mientras que Dios obra siempre en unidad y perfecta conformidad con su naturaleza esencial, hay gran dificultad por parte de la criatura para conocer en el tiempo lo que es eterno, en la sucesividad lo que es en simple manifestación y en la imperfección y finitud lo que no podemos menos, de considerar como perfecto e infinitamente absoluto.

Dios estará siempre más allá del último más allá, de la inteligencia de todo ser finito.



